

5618

Ms. 947.

18-jun-19

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA MALA SEMILLA,

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO.



355

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1859.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Albacete	Perez.	Murcia	Hermanos de An-
Alcoy	V. de Martí é hijos.		drión.
Algeciras	Almenara.	Manzanares	Acebedo.
Alicante	Ibarra.	Mondónedo	Delgado.
Almería	Alvarez.	Orense	Robles.
Aranjuez	Prado.	Oviedo	Palacio.
Avila	Rico.	Osuna	Montero.
Badajoz	Orduña.	Palencia	Gutierrez é hijos.
Barcelona	Viuda de Mayol.	Palma	Gelabert.
Bilbao	Astuy.	Pamplona	Barrena.
Burgos	Hervias.	Palma del Rio...	Gamero.
Cáceres	Valiente.	Pontevedra	Cubeiro.
Cádiz	V. de Moraleda.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Castrourdiales ..	Saenz Falceto.	Puerto-Rico	Marquez.
Córdoba	Lozano.	Reus	Prins.
Cuenca	Mariana.	Ronda	Gutierrez.
Castellón	Gutierrez.	Sanlúcar	Espér.
Ciudad-Real	Arellano.	San Fernando...	Meneses.
Coruña	García Alvarez.	Santa Cruz de Te-	
Cartagena	Muñoz García.	nerife	Ramirez.
Chiclana	Sanchez.	Santander	Laparte.
Ecija	García.	Santiago	Escribano.
Figueras	Conte Lacoste.	Soria	Rioja.
Gerona	Dorca.	Segovia	Alonso.
Gijón	Sanz Crespo.	San Sebastian...	Garraida.
Granada	Zamora.	Sevilla	Alvarez y Comp.
Guadalajara	Oñana.	Salamanca	Huebra.
Habana	Charlain y Fernz.	Segorbe	Clavel.
Haro	Quintana.	Tarragona	Aymat.
Huelva	Osorno.	Toro	Tejedor.
Huesca	Guillen.	Toledo	Hernandez.
Jaén	Idalgo.	Teruel	Castillo.
Jerez	Bueno.	Tuy	Martz. de la Cruz.
León	Viuda de Miñon.	Talavera	Castro.
Lérida	Zara y Suarez.	Valencia	Moles.
Lugo	Pujol y Masia.	Valladolid	Hernainz.
Lorca	Delgado.	Vitoria	Galindo.
Logroño	Verdejo.		Magin. Beltran y
Loja	Cano.	Villan. ^a y Geltrú.	compañia.
Málaga	Cañavate.	Ubeda	Treviño.
Mataró	Abadal.	Zamora	Calamita.
Motril	Ballesteros.	Zaragoza	V. Andrés.

647-5200

LA MALA SEMILLA.

98069

LA MALA SEMILLA

LA MALA SEMILLA,

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO.

ORIGINAL

DE ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

*Representado por primera vez en Madrid, en el teatro del
Príncipe á beneficio del primer actor D. Fernando Osso-
rio, la noche del 6 de mayo de 1859.*



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1859.

A Dolores.

A ti, que has compartido conmigo con la sonrisa en los labios y la esperanza en el corazón las penalidades y amarguras que azotan y envejecen á todo escritor en los primeros pasos de su difícil y espinosa carrera. A tí, la madre de mis hijos, mi querida esposa, dedico este drama, en donde el corazón ha reemplazado á la cabeza, porque lo he escrito separado de vosotros, pensando en tí, en mi adorada Cármen, en mi querido Enrique.

En él, pues, os envío mi amor y mi corazón. Recibidlo con cariño, porque él es el mensajero que os anuncia que pronto tendré la dicha de estrecharos contra mi pecho.

Enrique.

Madrid 4 de mayo de 1859.

A. Dolores

A ti, que has compartido conmigo con la vida
esta en los labios y la esperanza en el corazón
las penitencias y amarguras que agitan y en-
velan a todo ser humano en los primeros pasos
de su vida y espaldas a ti. A ti, le hablo
de mis hijos, mi querida esposa, dando esto
gracia, en tanto al corazón me rememoro a
ti, porque la vida es un camino de
dolores, pensando en ti, en mi futura dis-
tancia, en mi querido hogar.
En él, pues, es en mi amor y mi corazón
diciéndote con cariño, porque él es el momento
que es mi vida, que pronto habrá la dicha de
estar contigo en mi hogar.

Amor

Madrid, 1 de mayo de 1930

La propiedad de este drama pertenece á su autor,
y nadie podrá sin su permiso reimprimirle ni re-
presentarle en los teatros de España y sus posesio-
nes, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria dramática y lirica
titulada EL TEATRO, son los encargados exclusivos
de la venta de ejemplares y del cobro de derechos
de representacion en todos los puntos.

PERSONAS.

ACTORES.

LUISA	D. ^a JOSEFA PALMA.
INÉS.....	D. ^a JOSEFA OSSORIO.
JUANA.....	D. ^a BALBINA VALVERDE.
DON PEDRO.....	D. FERNANDO OSSORIO.
LUIS.....	D. JOSÉ OLONA.
DIEGO	D. EMILIO MARIO.
ANTONIO.....	D. GERÓNIMO SUNYÉ.
CÁRLOS.....	D. EDUARDO MOLINA.
UN SARGENTO.....	D. BENITO CHAS DE LAMOTTE.
VENTURA.....	D. JULIAN RODRIGUEZ.
UN CRIADO.....	D. RAMON BENEDÍ.

Acompañamiento de caballeros y soldados.

La accion se supone el primer acto en una casa campo cerca de Carabanchel, el segundo y tercero en Madrid, época actual.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala baja en una casa de pueblo. Al fondo una puerta y dos ventanas practicables, á través de las cuales se vé el campo y algunos árboles: en el primer término de la derecha otra ventana, en donde hay algunas macetas de flores: en el primero y segundo término de la izquierda dos puertas. En las blancas paredes de la habitación habrá algunas estampas. Un armario de pino entre las dos puertas de la izquierda. Las sillas y los demas muebles tambien de pino. Una mesa y un sillón de baqueta junto á la ventana de la derecha. Todo debe respirar aseo y modestia. (La derecha é izquierda será siempre la del actor.)

ESCENA PRIMERA.

LUISA, con un libro en la mano, leyendo junto á la ventana de la derecha. JUANA, á su lado, sentada, dormitando.

LUISA. (Leyendo.) «Alberto abrió la caja y Esperanza
»vió el adorno mas rico que novia alguna hu-
»biera podido desear: el velo y el vestido eran
»de encaje de Alenzon, encaje de bolillos de
»una finura y un dibujo incomparables.»
Juana... ¿te duermes? (Representando.)

JUANA. (Despertando.) ¡Yo! ¡qué!
pues si se me cae la baba
de oír eso...

LUISA. ¿En dónde estaba?

JUANA. Cuando él... y ella... Lea usted.

(Vuelve á dormir.)

LUISA. (Leyendo.) «Alberto sacó del fondo de la caja
»un cofrecillo, y presentándoselo á su jóven
»desposada, le dijo: mira, aquí tienes el va-
»lor de dos millones en diamantes, perlas,
»rubies: todo es tuyo; y comenzó á adornar
»su encantadora cabeza y sus blancos y tor-
»neados brazos. Cuando hubo terminado, co-
»ngiendo un pequeño espejo, fué á colocarlo
»delante de Esperanza, la cual dió un grito,
»que era la expresion del pasmo, del recono-
»cimiento, del amor.» (Pausa)

El lujo, la ostentacion, (Representando.)

el amor, la poesia...

este libro acabaria

(Arroja el libro sobre la mesa.)

por trastornar mi razon.

(Pausa: se levanta y se apoya en la ventana)

—Yo siento un afan profundo

nacer en mi alma dormida

por los goces de otra vida,

por el esplendor del mundo.

Bellos sueños que embriagan

la exaltada mente mia,

que mueren si nace el dia

y por la noche me halagan.

(Pausa. Luisa, mientras dice el resto del monólogo,
vá deshojando las rosas de una maceta de las que
hay en el alfeizar de la ventana.)

—Las flores, las auras suaves

que aqui tranquila respiro,

la calma de este retiro

y los cantos de las aves,

tener suelen la virtud

de endulzar nuestros dolores;

pero esta calma, estas flores

agostan mi juventud...

viendo mi vida correr

como el cristal de esa fuente,

que sigue pausadamente

el mismo curso que ayer.

Siempre igual... Eterna calma,
que está mi vida agostando...
siempre los ojos velando
y siempre dormida el alma.

(Luisa se queda un momento pensativa: luego, a
ver á Juana dormida, la sacude el brazo con vio-
lencia.)

¡Juana! ¡Juana!

JUANA. (Despertando.) Allá voy... ¡Ah!

(Se levanta y se dirige hácia el foro: luego repara
en Luisa y vuelve al proscenio.)

¡es usted! ¡Yo que iba á abrir!

LUISA. Juana, tu eterno dormir
es insoportable ya.

JUANA. Señorita, con franqueza,
oyendo leer me quedo
dormida. Vamos, no puedo;
está en la naturaleza.

(Luisa se asoma á la ventana, volviéndole la espal-
da á Juana: esta se acerca á ella y le dice con zala-
meria.)

¿Acaso está usted enfadada
conmigo?

LUISA. Déjame.

JUANA. Bien:

si yo á todo digo amen.

LUISA. No me sirves para nada.

JUANA. Eso no es verdad.

LUISA. (Mirando al campo por la ventana.) ¡Ah!

JUANA. (Asomándose á la ventana.) ¿Qué?

¡Calle! ya está ahí el cazador

de marras. ¡Cuánto calor
pasa el pobre por usted!

Y es guapo y muy consecuente,
y no es ningún zascandil,
según el aire gentil
que ostenta.

LUISA. ¡Qué impertinente!

JUANA. ¿Á qué viene ese recelo
si yo sé que usted le quiere,
y que el infeliz se muere
por esos ojos de cielo?

Y despues el señorito...

(Luisa hace un gesto de impaciencia.)

Vamos, no tuerzas el gesto.

(Entra por la ventana una piedra envuelta en un papel.)

¡Ah!

LUISA. (¡Imprudente!)

JUANA. (Recogiendo el papel.) ¿Qué es esto?

LUISA. Dáme. (Se lo quita.)

UANA. ¿Será un billetito?

Vaya, no hay que sonrojarse.

LUISA. Juana... ¡qué pesada eres!

JUANA. Los hombres y las mujeres han nacido para amarse.

(Luisa se guarda el papel, se sienta y coge el libro.)

Juana se asoma á la ventana.)

¡Calle! pues ya se ha marchado... (Pausa)

¡Qué cabeza!... Señorita,

(Como recordando una cosa olvidada.)

si usted no me necesita,

voy ahí á dar un recado.

LUISA. Puedes ir adonde quieras.

JUANA. (Ella guarda su secreto,

mas por quien soy la prometo

que rendirá su banderas.) (Váse por el foro.)

ESCENA II.

LUISA, sola. Despues de recorrer con una mirada la escena, saca le carta y lee.

(Leyendo.) «Luisa, hace tres años que sigo á usted constantemente por todas partes: he procurado descifrar el misterio de su vida, pero todo me ha sido imposible. Si es verdad que usted me ama, si cree usted en este amor que dá vida á mi corazon, es preciso que termine esta lucha incesante que me mata. Estoy resuelto á saber hoy mismo, y de su boca de usted, cuál es la suerte que me está reservada. Nada me importa su clase ni su fortuna. Soy rico, indepen-

»diente, y solo veo en usted... al hermoso
»ángel de mis ensueños, á la única mujer
»que puede hacer mi felicidad.—Luis.»

(Representando despues de una pausa.)

¿Por qué la duda... el temor
me oprime?... ¿Su afan constante,
no me ha dicho lo bastante
para creer en su amor?...

¿Á do quiera que el destino
me vá empujando inclemente,
no hallo á ese hombre frente á frente
en mitad de mi camino?

¿No habrá en el mundo cien bellas
que su amor envidiarán?

¿no le veo con afan
seguir mis inciertas huellas,
repitiéndome «te adoro?»

¿No le ama mi alma adormida?
¿no puede él dar forma y vida
á mis bellos sueños de oro?

¿Por qué pues, desconfianza,
te gozas en destruir
la aurora del porvenir
que sonríe en lontananza?

(Luisa se deja caer en el sillón y se cubre la cara
con las manos. Antonio entra por el foro sin repa-
rar en ella: deja el sombrero y el baston junto al
armario, y sacando una bolsa que figura estar llena
de dinero, abre el armario y la deja en uno de sus
estantes, y cierra luego dejando la llave en la cer-
radura. Se vuelve y repara en Luisa.)

ESCENA III.

LUISA, ANTONIO.

ANT. Buenos días.

LUISA. ¡Quién!

ANT. Soy yo.

Ya estamos todos aquí.

Mucho se madruga.

LUISA. (Distraída.) Si.

ANT. ¿Ha venido mi hija?
LUISA (De mal humor.) ¡No!
ANT. ¿Qué tal, cómo se ha pasado la noche?
LUISA. (Con indiferencia.) Bien.
ANT. Eso es bueno, pues siempre gana terreno la salud.
(Se acerca y la contempla un momento.)
¡Usted ha llorado!...
¿A usted la ha ofendido alguno; si alguien le faltó al respeto, nómbrele usted, y le prometo se ha de acordar.

LUISA. (¡Qué importuno!)

Nadie aquí se propasó, ni hay nadie á quien castigar. Para hacerme respetar, Antonio, me basto yo. Así pues, deje el capricho de estar mirando en mis ojos la tristeza y los enojos.

ANT. Bien... que no valga lo dicho.
(¡Cuando yo digo que... nada! ha de conseguir su padre; si, es lo mismo que su madre, lo mismo, pintiparada.) (Momento de pausa.)

ESCENA IV.

DICHOS, INÉS por el foro, con un ramo de flores en la mano.

INÉS. Buenos días, señorita.
(Corre adonde está Antonio.)
¡Padre!

ANT. ¡Hola!

INÉS. Pronto ha vuelto usted.

ANT. Si.

INÉS. ¿Está usted malo?

ANT. No.

INÉS. ¡Señorita! (Á Luisa presentándola el ramo.)

LUISA. (Con indiferencia.) ¿Qué es ello?

INÉS. ¡Un ramo de flores!

LUISA. ¡Flores!

¿y para qué quiero eso?

(Luisa, que habrá cogido las flores maquinalmente, las tira encima de una mesa, y se vá sin saludar por la puerta de la izquierda. Inés se queda un momento contemplando el ramo. Antonio se sienta en uno de los extremos del teatro, despues de haber cambiado una mirada con su hija.)

ESCENA V.

ANTONIO, INÉS.

INÉS. ¡Si yo lo hubiera sabido!... (Cogiendo el ramo.)

ANT. Mira, Inés, al que está enfermo como Luisa, se le debe dispensar.

INÉS. Padre... yo creo que tiene mal corazon Luisa.

ANT. Inés, no digas eso.

INÉS. Ya vé usted que yo me afano por complacer sus deseos, y ella, en cambio, con dureza me trata.

ANT. Basta: no hablemos mas de esas cosas. Es la hija de un amigo á quien respeto, y á quien tenaz la desgracia persigue.

INÉS. Está bien.

ANT. (Viendo salir á Juana.) ¡Silencio!

ESCENA VI.

DICHOS, JUANA, por el foro.

JUANA. ¡Jesus! ¡Jesus!

ANT. ¿Qué sucede?

JUANA. ¡Madrid es un cementerio!

ANT. ¡Cómo!

JUANA. ¿Con que usted no sabe
que ha habido un pronunciamiento
esta noche?

ANT. No, señora.

JUANA. ¡Pues flojo ha sido el jaleo!
Dichosos los que habitamos
tranquilamente en un pueblo,
y despues, lo que yo digo,
como nunca estan contentos...
y el mundo vá ya de capa
caida... estamos... y luego...

ANT. (Distraido.) Si, si.

JUANA. Los unos que es blanco.

ANT. ¡Basta!...

JUANA. Los otros que es negro.

ANT. ¡Acabará usted! (De mal humor.)

JUANA. (Continuando sin hacer caso.) Gritaban:

¡Viva esto! ¡Viva aquello!

Y gracias á un general,
que echando su cuerpo en medio
puso fin á la jarana,
que á no ser así...

ANT. Bien. Y eso

¿cómo lo ha sabido usted?

JUANA. Como que he estado en el pueblo,

y apenas llegué á la plaza
me contaron el suceso.

¡Toma! Y dicen que despues
se han llevado al Saladero
á todos los revoltosos,

y que otros andan huyendo
por los campos. Justamente

han venido para eso
unos soldados que estan,
yo los he visto...

ANT. ¡Bien, bueno!...

JUANA. ¡Si hay mas de una compañía!

Dicen que van persiguiendo
á los que se han escapado.

¡Si está Carabanchel lleno
de tropas!

- ANT. ¿Y á qué hace usted tantas visitas al pueblo?
- JUANA. ¡Vaya una pregunta! Antes no he ido en un mes.
- ANT. Si, pero ahora vá usted diariamente.
- JUANA. Oiga usted, señor Antonio...
- ANT. ¿Vá usted á contarme de nuevo?...
- JUANA. No es eso lo que...
- ANT. Bien, bien; tampoco quiero saberlo.
- JUANA. Es que yo...
- ANT. No estoy ahora para escuchar embelecós.
- JUANA. Como si...
- (Siguiendo á Antonio, que se habrá apartado de ella.)
- ANT. Déjeme usted.
- (Dando un grito y un puñetazo en la mesa.)
- JUANA. ¡Hum! ¡qué demonio de viejo! ¡qué gruñón!... Si al fin ha sido... soldado... ¡qué tendrá bueno!)
(Juana entra en el cuarto de Luisa. Antonio se sienta en una silla y se queda pensativo.)

ESCENA VII.

ANTONIO, INÉS. Inés, que desde la mitad de la escena anterior se habrá ocupado en colocar el ramo dentro de un jarro y arreglar las macetas de la ventana, al volverse y ver á su padre sentado y pensativo, le dice con dulzura.

- INÉS. ¿Qué tiene usted?
- ANT. Hija... nada.
- INÉS. Algo ha sucedido aquí (Pausa.) y usted me lo oculta. ¡Oh! Si:
(Antonio procura ocultar su mirada de la de Inés, que fija sus ojos con ternura en los de su padre.)
me lo dice esa mirada.
- ANT. ¡Qué diablos! á lo hecho pecho. Quien bien hace, bien recibe, y siempre es rico el que vive de sí mismo satisfecho.

INÉS. ¿Pero á qué viene eso?...

ANT. ¿Á qué?

Oye. Sabes, hija mia,
que este huerto y esta alqueria
no son nuestros.

INÉS. Ya lo sé.

ANT. Son de un hombre á quien serví,
recto corazon, hidalgo,
á quien debo lo que valgo;
por él estamos aqui;
que él esta casa nos dió
con mano franca y amiga.

INÉS. Padre, que Dios le bendiga
como le bendigo yo. (Con naturalidad.)

ANT. Hoy de su patria emigrado,
de su persona en rehenes
le han confiscado sus bienes.

INÉS. ¡Dios mio!

ANT. Está arruinado.

Ya comprendes, hija mia,
que le hará falta dinero
y que sufra mas no quiero:
he vendido esta alqueria.

Yo pensaba aqui esperar
mi última hora tranquilo,
pero mañana, este asilo
tendremos que abandonar.

Esto mi deber me exige.

¡Dios nos mira! En Dios confio,
que mas tu dolor que el mio
en este instante me aflige.

INÉS. ¡Padre!

ANT. Porque al verte asi,
sin amparo .. (Enjugándose una lágrima.)

INÉS. ¡Padre, no!

ANT. Solo por tí sufro yo,
por tí, hija mia, por tí.

INÉS. ¿Por eso vá usted á llorar?

¡Vamos, vamos, qué niñada!

¿No sirvo yo para nada?...

¿No sé acaso trabajar?

¡Vaya, y tanto como sé!

- ¿Pues qué, yo no soy mañosa,
y aplicada y hacendosa?
Pues bien, yo trabajaré.
No se alija usted por Dios.
Mañana á Madrid nos vamos;
¡verá usted qué bien estamos!
Yo ganaré por los dos.
- ANT. ¡El corazon se me salta!
Verte tan jóven así...
- INÉS. ¿Qué mas placer para mí
que nada le haga á usted falta?
De pronto, para marchar
no hemos de pasar gran pena,
aun tenemos mi cadena,
mis pendientes, mi collar...
y ya verá usted, yo bordando
á su lado todo el día
estaré...
- ANT. ¡Pobre hija mia! (La abraza)
- INÉS. ¿Se vá usted ya consolando?
- ANT. Un ángel de bendicion
eres. Con tu bondad santa
la miseria no me espanta.
- INÉS. Tengamos resignacion

ESCENA VIII.

DICHOS, LUIS y DIEGO, en traje de cazadoers.

- LUIS. Buenos días. (Desde el foro.)
- ANT. ¡Eh! ¿quién es?
- DIEGO. ¡Hola! felices, buen viejo.
- INÉS. Le buscan á usted. ¿Le dejo?
- ANT. ¿A mí? No. Quédate, Inés.
¿Qué se ofrecia, señores?
- DIEGO. Pues señor, estoy sudando.
(Limpiándose el sudor.)
Nada; estabamos cazando
por estos alrededores.
Y como es tanto el calor,
y estamos hartos de andar,
entramos á descansar

si usted nos hace el favor.
ANT. Si, señor, siéntese usted,
que aunque de fortuna escasa,
á nadie niego mi casa. (Entran y se sientan.)

DIEGO. Muchas gracias.

ANT. No hay de qué.

DIEGO. Oye, ¿sabes que es hermosa (Bajo á Luis.)
esa chica?

LUIS. (¡Calla!)

DIEGO. (Pero...)

LUIS. (¿Quieres callar?)

DIEGO. (Lo que quiero
es tomar alguna cosa;
tengo apetito.) ¿Es de usted (A Antonio.)
esa niña?

ANT. Si, señor.

DIEGO. Es muy bonita...

ANT. Es favor.

DIEGO. Y muy graciosa...

ANT. Es merced.

(¿Quién sabe si estos tambien
perseguidos, acosados,
lleguen aqui disfrazados
y puedo hacerles un bien
abriéndoles mi morada?...)
¿Dicen que en la corte ha habido
jarana?

LUIS. Si.

DIEGO. Pero ha sido

poca cosa... casi nada.
La policia vá al trote
cogiendo á los revoltosos;
algunos hombres medrosos
se quitarán el bigote;
registrarán oficinas
y casas particulares;
irán algunos pelgares
á vivir á Filipinas;
la intervencion militar
le echará á Madrid la mano
y habrá lo de... «¡Atrás paisano!
¡eh! ¡no se puede pasar!»

y comentando la historia
ese motin como quiera,
enterrarán al que muera,
y aqui paz y despues gloria.
ANT. ¿Conque ya purgan su yerro
algunos?

DIEGO. Por decontado.
Mientras no hayan encontrado
al noble marqués del Cerro.

ANT. ¡El marqués! ¡El general!

DIEGO. Si: qué, ¿usted le conocia?

ANT. De nombre... pero creia
que se hallaba en Portugal
emigrado...

DIEGO. Justamente:
pero como es decidido
y hombre ademas de partido,
del motin se puso al frente.
El cómo llegó á Madrid
nadie hay que decirlo pueda,
mas ninguna duda queda
que fué el héroe de la lid.—
—Mas políticas cuestiones
dejemos por la cocina,
pues tengo un hambre canina:
ahí van estas provisiones. (Sacando del morral
alguna cosa que entrega á Antonio.)

LUIS. (¡Hombre!) (Tirando del brazo á Diego.)

ANT. Tiene usted razon,
y dispensen mi torpeza,
pues no tengo la cabeza...
(No hay duda, emigrados son.)
Por un momento los dejo.
Voy allá dentro á arreglar...
Cuando esté vendré á avisar.

DIEGO. Muchas gracias.
(Antonio é Inés entran por la segunda puerta de la
izquierda.)

¡Pobre viejo!

ESCENA IX.

LUIS, DIEGO.

DIEGO. ¡Con qué dulzura tragó
la píldora el pobre!

LUIS. Si,
pero temo...

DIEGO. ¡Pésia mi!
¡Temer estando aquí yo!
Nada, ó me lleva Satán
ó cima doy á esta hazaña:
ya que estamos en campaña,
adelante con mi plan.

LUIS. Diego, yo no sé qué hacer;
mas todo lo arrostraría,
todo, porque fuese mia
esa preciosa mujer.

DIEGO. Sabes que cuando hay dinero
todo lo arreglo y allano...
sobre todo, que no en vano
soy tu amigo y consejero.
Vamos á ver, ¿no es aquí
donde vive oscurecida
tu Dulcinea querida?

LUIS. Aquí vive.

DIEGO. Bueno. —Di:
segun la vieja asegura,
¿no sueña en dijes y galas,
pensando en tender las alas
y dejar esta clausura?
En sus locas ambiciones
¿no es su deseo profundo
el esplendor del gran mundo
y el lujo de los salones?

LUIS. Si, pero te sé decir...

DIEGO. Cuando está asi una mujer
poco resta ya que hacer;
la robamos y á vivir...

LUIS. ¡Diego!

DIEGO. No seas inocente;

ese es el mejor camino,
lo demas es desatino.
Un rpto, hoy mismo... en caliente.
Porque si ella está en un potro
y sufre á no poder mas,
si hoy no lo haces tú, quizás
mañana se irá con otro.
Desengáñate, no hay una
que se resista al influjo
de los placeres, al lujo
y al brillo de la fortuna.

LUIS. Calla, Diego, me haces mal;
no conoces á Luisa.
¡Si tu vieras la sonrisa
de su boca angelical!
Lo confieso sin rubor,
la amo como nunca amé,
y—quizás me engañaré—
mas tambien creo en su amor.

DIEGO. ¡Amor, amor! ¡Vicio feo!
Frase hermosa, tersa, culta,
tras la cual el hombre oculta
la vergüenza de un deseo.
En fin, yo no me acomodo
á lo que tú te acomodas,
pues suelo dudar de todas
y algunas veces de todo.

LUIS. Si ella se niega...

DIEGO. ¡Bobada!

Vamos á lo que interesa.
¿Realizamos nuestra empresa?
¿nos llevamos á tu amada?
¿Á qué hemos venido aqui?

LUIS. ¡Ay, Diego! No sé qué debo
hacer; pero no me atrevo...

DIEGO. ¡Toma! ¿Ahora estamos así?
Adios. (Levantándose y dirigiéndose al foro.)

LUIS. Oye.

DIEGO. Nada.—Adios.

LUIS. ¿Y me dejas de este modo?
Ven; estoy resuelto á todo.

DIEGO. ¿De veras?

LUIS. Si entre los dos...

DIEGO. Es verdad, no hay disidencia.
Nada, en tu Mentor confía.
Sin mí ¿quién te salvaría?

LUIS. Sin embargo, la conciencia...

DIEGO. ¡Dále! Como se deslice
otra frase de tu boca,
me voy.—La conciencia es loca,
no sabe lo que se dice.

LUIS. ¡Qué dolor no sufrirá
su padre!

DIEGO. ¡Qué niñerías!

La llorará cuatro días,
mas luego se alegrará.

Triste y pobre la vé ahora:

¿no será en llorarla un tonto

cuando la mire de pronto

convertida en gran señora?

LUIS. Diego, yo sé que obro mal;

mas tu acento me alucina

y esa mujer me fascina.

Lo haré todo.

DIEGO. Es natural.

La chica sueña en dejar

esta mezquina morada;

la vieja está ya ganada,

¿qué mas puedes desear?

Por lo que hace á mí, un tesoro

soy, no omito sacrificios,

siempre y cuando mis servicios

puedan producirme oro.

Esa es mi piedra de toque:

por un billete de banco

sirvo al negro y sirvo al blanco,

y lo mismo al rey que á Roque.

Há tiempo nos conocemos:

ya sabes que soy audaz,

que nunca cejo, y capaz

de todo... pues triunfaremos.

A tí quiso darte Dios

riquezas... á mí osadía.

Una audacia... como mía.

¿Quién nos resiste á los dos?
¡Nada!... el rapto... y á vivir.
Te lo juro por mi nombre;
me he propuesto hacerte hombre,
y lo voy á conseguir.

ESCENA X.

DICHOS, ANTONIO.

ANT. Cuando ustedes gusten.
LUIS. ¿Vamos?

DIEGO. ¡Pues si tengo un apetito!
Y despues, á cualquier hora
agradece el individuo
unas lonjas de jamon
y una botella de vino,
que fortifican la carne
y despejan los sentidos.
¿Dónde?...

ANT. En esa habitacion
á la derecha.

DIEGO. ¡Magnífico!
(Entra por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA XI.

ANTONIO, solo.

¡Si es cierto lo que dijeron
esos hombres!... Necesito
ir á Madrid: si, mañana...
¿No fuera mejor hoy mismo?
¿Mas cómo encontrarle?... Acaso
sepa dó está algun amigo...
Si, si, en cerrando la noche
partiré, estoy decidido.
Bien hice en vender la casa,
que en estos momentos críticos,
teniendo mi señor oro
no corre tanto peligro.
Me quedo pobre... ¡corriente!

(Saca la bolsa del armario, y se la guarda en el bolsillo de la chaqueta.)
Alguna vez seré rico.

ESCENA XII.

ANTONIO, D. PEDRO, aparece en el foro. D. Pedro se acerca donde está Antonio y le dice poniéndole la mano sobre el hombro.

PED. ¡Antonio!

ANT. ¿Quién? ¡Ah! ¡Es usted!

(Volviéndose y reconociendo á D. Pedro.)

¡Señor marqués!

(Se quita el sombrero. D. Pedro le coge la mano y le vuelve á poner el sombrero, diciéndole en voz baja.)

PED. ¿No recuerdas

que me llamo Juan García,
y que puede una imprudencia
perderme?

ANT. Es verdad.

PED. Escucha,

Antonio. Solo por ella
abandoné á Portugal:
tú me decias que enferma
se halla: lo olvidé todo,
y arriesgando mi cabeza
á Madrid vine, temiendo
que lejos de mí muriera.
Llego á la corte; sus calles
inmenso gentío puebla;
suena una descarga; el grito
de la insurrección resuena;
recuerdo que soy soldado,
que de mi patria me alejan
mis opiniones; la sangre
siento arder dentro mis venas;
y sin vacilar, me lanzo
en medio de la refriega.

ANT. Muy mal hecho; pues si alguno
le conoció á usted...

PED. No temas:

- era de noche.
- ANT. Con todo,
la policía anda alerta
por Madrid.
- PED. Si, si; mañana
antes que el sol amanezca,
parto á Portugal. Luisa
vendrá conmigo; sin ella
no puedo vivir, Antonio.
Yo necesito tenerla
á mi lado, es mi segunda
vida.
- ANT. Como usted quiera.
¿La digo que usted...
(Dirigiéndose hácia el cuarto de Luisa.)
- PED. (Deteniéndole.) No, aguarda.
Díme, Antonio: ¿no se acuerda
de su padre?... ¿te pregunta
por mí?
- ANT. Señor... con franqueza,
lo que es Luisa no vive
con nosotros muy contenta.
Llora mucho... de su suerte
continuamente se queja...
- PED. ¿Pero piensa en mí?... ¿me nombra?
- ANT. Yo le diré á usted...
- PED. No mientas... (Pausa)
la verdad solo... lo exijo.
- ANT. Pues bien, señor, no se acuerda;
que al fin la mala semilla
nunca dió buena cosecha.
- PED. ¡Antonio!...
- ANT. Aunque usted se enfade,
y me riña, y me reprenda,
soy aragonés de casta
y diré la verdad seca.
Como una gota á otra gota
á su madre se asemeja,
y... francamente, señor,
ni la educacion modesta
que aqui recibe, ni el aire
del campo, logran que pierda

ese afán de figurar,
y esos humos de gran reina.
PED. Tienes razón, me he engañado.
Pues Dios lo quiere, así sea.
La educación no ha podido
vencer su naturaleza.

Tú lo has dicho: de su madre
tiene la sangre en las venas:
de su madre, que cegada
por el lujo y la opulencia,
mientras que yo me adquiría
un porvenir en la guerra,
mató la dulce esperanza
de mi amor, se olvidó de ella...

ANT. Señor, ¿a qué recordar?...

PED. Es verdad.

ANT. ¿La llamo?

PED. Espera:

yo la llamaré. Ahora importa
que vayas al pueblo. Arregla
el viaje... para mí
un caballo. En la frontera
de Portugal os espero.
Tú tomas la diligencia
en Madrid para reunirte
conmigo. Vienes con ella.

ANT. Voy pues.— Tome usted. (Le dá la bolsa.)

PED. ¿Qué es esto?

ANT. Mis ahorros, yo quisiera

(D. Pedro hace un ademán para que se los guarde
Antonio.)

que fuese mayor la suma...

(¡Pobre señor!... que no sepa...)

PED. Corre, Antonio.

ANT. Voy volando

y bien pronto doy la vuelta. (Váse. D. Pedro
llama en la puerta de la habitación de Luisa.)

PED. ¡Luisa!... ¿Por qué el corazón
late con tal violencia?

ESCENA XIII.

D. PEDRO, LUISA.

- LUISA. ¿Es usted? (Saliendo.)
 PED. ¡Hija adorada! (Abriendo sus brazos.)
 LUISA. ¡Señor!... (Sin moverse del sitio.)
 PED. ¿Por qué te detienes?
 ¿Por qué á abrazarme no vienes?
 LUISA. Padre, soy muy desgraciada. (Le abraza.)
 PED. Quiero saber la razon
 de ese llanto.
 LUISA. Padre mio,
 ese llanto es el rocío
 de mi pobre corazon,
 pues la desgracia inclemente
 por do quiera nos alcanza.
 PED. Tú eres jóven; la esperanza
 debe brillar en tu frente.
 LUISA. En ella nunca ha brillado
 el astro de la alegría.
 PED. Pero hay un Dios, hija mia,
 que protege al desgraciado.
 Asi, pues, tus penas calma,
 no acrecentes mi dolor,
 y piensa que es la mayor
 riqueza la paz del alma.
 LUISA. Padre, yo no sé mentir:
 estas lágrimas que vierto
 brotan al ver el desierto
 que me brinda el porvenir.
 Y aunque con eterno afan
 mis sueños borrar pretendo,
 á do quier la vista tiendo
 allí los veo, allí estan.
 PED. Sin justa razon se altera
 tu espíritu, mas no penes.
 Eres jóven. Padre tienes.
 ¡Hay un Dios!... confia, espera.
 Cese por fin tu llorar,
 y no olvides, hija mia,

que es mi vida tu alegría
y mi muerte tu pesar.

Pobre soy: en mi pobreza
haré cuanto tú me digas,
solo por ver si mitigas
esa inocente tristeza.

Desecha, pues, tus enojos
y vea por fin, Luisa,
en tus labios la sonrisa
y la ventura en tus ojos.

Ya estoy aquí. Desde hoy mas
ya no nos separaremos:
esta noche partiremos
á Portugal. Te vendrás
conmigo, siempre á mi lado;
no puedo vivir sin tí.

LUISA. ¡Partir esta noche!...
PED. Si.

¿No es sin duda de tu agrado
abandonar esta casa?

LUISA. Solo obedecer me toca:
ni una queja de mi boca
saldrá.

(Luisa se sienta en la silla que hay junto á la ventana, y se queda pensativa. D. Pedro la contempla un momento y se enjuga una lágrima.)

PED. (El pecho me traspasa
su frialdad.)

LUISA. ¡Suerte inhumana!
¡Partir cuando al fin venia!...
Mi esperanza es flor de un día...
nace hoy... muere mañana.)

(D. Pedro se acerca adonde está su hija, y despues de reprimir su agitacion, le dice con calma.)

PED. Luisa, muy presente ten,
que este viaje asegura
mi existencia y tu ventura.
Disponlo todo.

LUISA. Está bien.

PED. (D'os lo ha querido... asi sea;
y pues asi lo dispone,
que como yo la perdone...)

¡Oh! que llorar no me vea!

(D. Pedro se dirige á la primera puerta de la izquierda, y al tiempo de abrirla aparece Juana.)

ESCENA XIV.

LUISA, D. PEDRO, JUANA.

JUANA. ¡Calle! ¡no hay duda! ¡si es el
señor Juan! ¡Cuánto me alegro!
Usted por aquí...

PED. (Tal vez
esta mujer... si, probemos.)
Pues sí, aquí me tiene usted,
pero muy poco tiempo,
porque mañana partimos
Luisa y yo...

JUANA. ¡Cómo!

PED. Siento
verme precisado, Juana,
á decirle que debemos
separarnos...

JUANA. ¡Si! ¿adónde
es el viaje? si es que puedo.

PED. Á Portugal.

JUANA. (Y los otros
que confían...)

(Juana coge á D. Pedro, lo aparta al otro extremo
de Luisa y le dice bajando la voz.)

Yo me temo
que ella... porque al fin, señor,
yo con franqueza hablar debo.
La niña es un poco... vamos...
rebelde; le inspira un miedo
la miseria... y como usted,
por desgracia, no es un Creso
y ella tiene ciertos humos
de reina...

PED. Pues bien; yo espero
que usted, como yo, le diga
que tal vez la vida arriesgo
quedándome aquí.

JUANA.

Lo haré.

PED.

En usted confío.

JUANA.

Bueno.

PED.

Prepárela usted.

JUANA.

Corriente.

Váyase usted satisfecho.

(D. Pedro mira un instante á Luisa, que permanece abismada en el mismo sitio: luego entra en la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XV.

LUISA, JUANA.

JUANA.

(Este viaje repentino desbarata mis proyectos: si, si; lo mas conveniente es preparar el terreno.

Señorita... (Acercándose á Luisa.)

LUISA.

Y bien, ¿qué quieres?

JUANA.

Deje usted el libro: tenemos que hablar de cosas muy serias, muy importantes... no debo ocultárselo... ¡quién sabe el porvenir tan horrendo que á usted le espera!

LUISA.

¡Dios mío!

JUANA.

La miseria... el hambre...

LUISA.

Pero

eso es muy horrible, Juana.

JUANA.

Hace tres años y medio que la sirvo á usted, ya con toda el alma la quiero.

LUISA.

¡Oh!... ya lo sé, amiga mía, gracias.

JUANA.

Mi único deseo

es verla á usted venturosa, y si usted corriera el riesgo, mas verdes se han madurado.

LUISA.

Juana, yo no te comprendo.

JUANA.

Quiero decir que don Luis está cerca... hace un momento

le he visto por la ventana
que dá á la cocina.

(Juana se levanta sobresaltada.)

LUISA. Temo

que mi padre...

JUANA. ¿Por ventura
es usted monja? ¿En sus tiempos
no habrá tenido tambien
el señor Juan quebraderos
de cabeza como todo
prójimo? ¿No está ciego
don Luis por usted de amor?
¿no es un muchacho de mérito,
rico, jóven?... pues entonces...

LUISA. Pues por lo mismo no creo
en su amor. Tanta distancia...

JUANA. Tu, tu, tu. Sin ir mas lejos,
yo serví á una señorita
que contrajo casamiento
siendo pobre, con un jóven
que era rico como un Creso?

LUISA. ¿De veras?

JUANA. ¡Vaya! y la puso
un tren, hasta allá. Soberbio!...
diamantes, coches...

LUISA. Dichosas

son esas mujeres viendo
su majestad y hermosura
reflejarse en el espejo.
Con esas galas y joyas
que yo solo he visto en sueños...

(Luisa vuelve á sentarse junto á la ventana. Juana
se sienta á su lado. Por la segunda puerta izquier-
da salen Luis, Diego é Inés.)

ESCENA XVI.

DICHAS, LUISA, DIEGO, INÉS.

INÉS. ¿Conque se marchan ustedes?

DIEGO. Si, que la noche está cerca.
Salude usted á su padre.

- INÉS. Tal vez estará en la huerta.
Voy á ver. (Sale por el foro.)
- DIEGO. Vaya, Luis,
ahí la tienes.
(Luisa al ver que se acerca Luis pretende levantarse,
Juana la detiene.)
- JUANA. ¡Chist, quieta!
- LUIS. Señorita... aunque hace tiempo
que este momento desea
mi corazón...
- LUISA. Caballero...
- LUIS. mi padre... Lo sé: no tema
usted, Luisa, jamás
cometeré una imprudencia;
solo una palabra y parto.
Cuando en la vecina iglesia
suene el toque de las ánimas,
vendré á esperar mi sentencia
junto á esa ventana: entonces,
si usted me ama, si usted anhela
llevar mi nombre, mañana
sé lo que el deber me ordena.
Si usted no sale, si usted
mi mano y mi amor desecha,
será entre los dos, Luisa,
hoy la entrevista postrera.
- DIEGO. Vamos, Luisito. (Desde el foro.)
- LUISA. (¡Dios mío,
(Se levanta al oír la voz de Diego.)
no estamos solos!)
- LUIS. ¿Se aleja
usted sin decirme?...
- LUISA. (Bajando la voz.) Luis,
saldré.
- LUIS. ¡Gracias!
(Luisa entra precipitadamente en una de las puertas
de la izquierda.)
- DIEGO. (Soltando una carcajada.) ¡Fin de fiesta!

ESCENA XVII.

DICHOS, menos LUISA.

- JUANA. Todo se ha perdido. (A Luis.)
LUIS. ¡Cómo!
JUANA. Esta noche se la lleva su padre.
LUIS. ¡Ah! pues entonces
yo iré... (Se dirige hacia la puerta izquierda.)
DIEGO. ¿Y adónde, babieca? (Deteniéndole.)
LUIS. A hablarle.
DIEGO. ¿Te has olvidado
que yo he nacido en Marchena,
y que aquellos andaluces
el que menos corre vuela?
Déjame hacer. Ahora mismo
se me ha ocurrido una idea
salvadora.
LUIS. No comprendo...
DIEGO. No importa que no comprendas.
Oiga usted, señora Juana:
el padre de esa chicuela,
¿cómo se llama?
JUANA. Se llama
Juan García.
DIEGO. (Piensa un momento.) (Es cosa hecha.)
¿Vámonos? (A Luis.)
LUIS. Pero yo quiero
saber...
DIEGO. La naturaleza
te hizo á tí rico, á mí pobre;
de mi astucia te aprovechas,
y yo me sirvo de tu oro,
conque vivimos á medias.
LUIS. Tus palabras me hacen daño.
DIEGO. Si, pero tú las aceptas.
LUIS. Nunca, si manchan mi honor.
DIEGO. ¡El honor!... palabra hueca.
frase que tienen los hombres
eternamente en la lengua,

y que hasta el mismo Diógenes,
con su calma y su linterna,
no lograría encontrarle
si al mundo otra vez volviera.

LUIS. Pero...

DIEGO. Basta, el tiempo urge,
conque, hasta luego, doncella.
(Cogen las escopetas y se dirigen hácia el foro, á
tiempo que entran Antonio é Inés.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, ANTONIO, INÉS.

ANT. Llego á tiempo.

DIEGO. Asi parece.

ANT. ¿Conque ustedes ya nos dejan?

LUIS. Si, señor.

ANT. Que Dios les guie.

DIEGO. Mil gracias.

ANT. Cuando se ofrezca...

ya saben que es esta casa
suya.

(Diego y Luis dan á Antonio la mano, el cual les
acompaña hasta la puerta seguido de Inés y Juana:
luego entran á la escena.)

ESCENA XIX.

DICHOS, menos LUIS y DIEGO.

ANT. Inés, cierra la puerta;

(Inés la cierra, y Antonio se dirigo á Juana.)
y usted prepare las luces,
y á ver si solo me dejan.

JUANA. El tal don Diego es un mozo
de muchísima cabeza.

(Vánse Inés y Juana por la puerta que figura dar
á la cocina.)

ESCENA XX.

ANTONIO, solo.

Pues señor, ni me acordaba
de esos hombres. Tal se encuentra
mi imaginacion, al ver
las desgracias que nos cercan.
Pero si Dios nos ayuda
y ganamos la frontera,
menos malo. Ahora de todo
al marqués daremos cuenta.

(Llamando en la primera puerta de la derecha.)

Soy yo, señor Juan... ¡Antonio!

Ya sale.

ESCENA XXI.

D. PEDRO, ANTONIO.

PED.

¿Y bien?

ANT.

Todo queda

arreglado.

PED.

¿Y mi caballo?...

ANT.

Atado en el huerto espera.

PED.

Gracias, Antonio.

(Juana sale con un velon encendido, que coloca encima de la mesa.)

JUANA.

Muy santas

y muy buenas noches tengan.

PED.

Antonio, llévate á Juana,

y llama á mi hija; quisiera

despedirme de ella.

ANT.

Bueno.

Venga usted. (A Juana.)

JUANA.

¿Adónde?

ANT.

Venga

y cálese.

JUANA.

Voy. (Dichosa

la que de vista te pierda.) (Vánse los dos.)

ESCENA XXII.

D. PEDRO, solo: saca una carta que recorre con la vista, guardándosela luego.

En vano la mente mia
por descifrar se afanaba
la causa que motivaba
su eterna melancolia,
cuando para ser mayor
el infortunio cruel,
hoy me dice este papel
que su tristeza era amor.
Amor que creció fatal
su desventura aumentando,
y fué en su pecho apagando
todo el cariño filial.

ESCENA XXIII.

D. PEDRO, LUISA.

LUISA. Padre, hablarme usted quería,
y me apresuré á salir.

PED. Si, porque debo partir
antes que amanezca el día.
Tú con Antonio vendrás
á reunirme conmigo,
que él es mi mejor amigo
y segura con él vas.
Pero antes de que me ausente
deseo calmar mi anhelo
viendo tus ojos de cielo,
la pureza de tu frente,
y llevar tu despedida
escrita en mi pensamiento,
pues te dejo, aunque me ausento,
en tu corazón mi vida.

LUISA. ¡Partir... cuando ya risueños
mis ojos en lontananza

contemplaban la esperanza
que embelleció mis ensueños! (Luisa queda in-
móvil y con la vista fija en el suelo.)

PED.

(Ni una frase de cariño,
ni una mirada siquiera,
cuando yo mi vida entera
en verla dichosa ciño.
De su tristeza á través
claro su amor se divisa.
Si, terminemos.)

(Saca la carta y se acerca á Luisa, y la pregunta
mostrándosela.)

Luisa,

¿esta carta de quién es? (Pausa.)

— ¡Callas! ¡Tu mirada fría
teme encontrar mi mirada!

Luisa, ¡no respondes nada!

LUISA.

Señor, esa carta es mía.

PED.

¡Tuya! —Padre soy, reclamo
que me respondas sumisa
la verdad. ¿Le amas, Luisa?

LUISA.

Si, padre mío, le amo.

(Después de un momento, con resolución)

PED.

Mientras que á Dios no le cuadre
mitigar nuestro dolor,
procura olvidar su amor,
te lo suplica tu padre.

Mañana, de esa pasión
ni un solo recuerdo quede.

LUISA.

Padre, olvidar no se puede
lo que está en el corazón.

PED.

Luisa... ese amor me dá miedo,
bórrale de tu memoria.

LUISA.

Padre, ese amor es mi gloria
y yo olvidarle no puedo.

PED.

(¡Qué escucho! ¡Tanta vileza!)

LUISA.

Si él viene á ofrecerme ufano
su corazón y su mano
á pesar de mi pobreza;
si él á ser mi esposo aspira;
si me hace feliz su amor,
¿por qué no amarle, señor?

PED. Porque su amor es mentira;
porque te roba la calma;
porque soy tu padre, y veo
que es el amor del deseo
y no el puro amor del alma.
Porque es un amor que insulta
mi amarga pena prolija;
porque el que quiere á una hija
nunca del padre se oculta.
Porque de ese amor se infiere
su villano proceder;
porque él no te ha de querer
como tu padre te quiere.
Disponte, pues, á partir
en cuanto nazca la aurora.

(Se oye á lo lejos el toque de ánimas. D. Pedro se quita el sombrero. Luisa lanza una exclamacion en voz baja, y vá acercándose á la ventana insensiblemente.)

LUISA. (¡Las ánimas! ¡Ah! esta hora decide mi porvenir.)

PED. (¡Dios mio! Si en mi afliccion te apiadas tú de mi mal, renace el amor filial que murió en su corazon. (Pausa.)

(D. Pedro dirige una mirada á Luisa: esta, que se halla cerca de ventana, se detiene.)

LUISA. (Hoy el destino cruel á matar mi dicha vá.)

UNA VOZ. (Desde fuera.) Las ánimas.—Luisa.

LUISA. (Corriendo á la ventana.) ¡Ah!

(Se coloca de espaldas como para impedir que su padre se asome, pero D. Pedro la aparta y se asoma.)

PED. ¡Un hombre!... Responde, ¿es él?

LUISA. ¡Padre!

PED. Responde... ¿no ves

(Cogiéndole fuertemente por un brazo.)
mi ansiedad?... Responde.

LUISA. (Después de un momento.) Si.

PED. ¡Oh!

LUISA. ¡Señor!

PED.

Espera aqui.

(La obliga á entrar en el cuarto de la izquierda, cierra la puerta, lanza una exclamacion ahogada, y se dirige al fondo.)

Ahora yo sabré quién es.

(Cuando llega á la puerta del fondo suenan en ella dos aldabonazos. D. Pedro se queda inmóvil, á cuyo tiempo salen por la última puerta de la izquierda Antonio, luego Inés y Juana.)

¡Llaman!... si. Para que vea mi dolor mas prolongado.

ANT.

¿Abro, señor? Han llamado.

PED.

Antonio, que entre quien sea.

(Antonio corre á abrir la puerta. D. Pedro se queda con los brazos cruzados y meditabundo junto al proscenio.)

ESCENA XIV.

D. PEDRO, ANTONIO, INÉS, JUANA, un SARGENTO, ocho soldados por el foro.

SARG.

Muy buenas noches, patrona.
¡Salud, vieja!

JUANA.

Al fin soldado.

INÉS.

¡Hola! ¿viene usted alojado?

SARG.

No. Vengo por la persona, que, segun el que suscribe esta denuncia, alma mia, se llama... á ver... Juan Garcia, (Mirando un papel.) y aqui en esta casa vive.

ANT.

Yo soy, señor militar, el que usted busca.

SARG.

Corriente.

INÉS.

Padre, ¿qué es esto!

ANT.

(Bajo.)

¡Imprudente!

¡Silencio!

SARG.

No hay mas que hablar, vamos.

INÉS.

¿Qué va usted á hacer (Al Sargento.) con él?

- SARG. Me lo llevo preso.
El gobierno despues...
- INÉS. Eso
no puede, no puede ser.
(Juan habla en voz baja con su padre.)
- PED. (Yo no debo consentir...
dejarla asi desvalida;
entre el honor y la vida,
¡Dios mio! ¿Qué he de elegir?
- SARG. Conque... (Dirigiéndose á Antonio.)
- PED. Un momento.
(Colocándose entre los dos.)
- ANT. (Deteniéndole y con voz baja) ¡Señor!
- PED. Gracias. (Bajo y alargándole la mano.)
- ANT. (A Inés.) ¿Qué has hecho, hija mia?
- PED. Yo soy ese Juan Garcia
que usted busca.
- SARG. ¡Si! mejor.
- PED. Justo es que mi mal le aflija,
(Al Sargento poniendo una mano sobre el hombro
de Antonio.)
que es mi amigo y es honrado.
Mi hija se queda á tu lado,
vela, Antonio, por mi hija.
De mi honra te que las dueño,
haz lo que su padre haria;
vela de noche, de dia,
vela, Antonio, hasta su sueño;
y fijo en la mente ten
el recuerdo de su madre:
sé la sombra de su padre,
el arcángel de su bien.
- ANT. Seré su padre. Las dos
formarán mi único anhelo.
- PED. Tú derramas el consuelo
en mi corazon. Que Dios
te premie.
- JUANA. (¡Calla! ¡ya estamos!...
por eso Diego decia...)
- PED. (¡Y dejarla asi... hija mia!)
- SARG. Conque, señor Juan...
(Poniendo la mano en el hombro á D. Pedro. Don

Pedro al sentir la mano del Sargento sobre su hombro, se estremece, lanza una mirada al cuarto de su hija, tiende una mano á Antonio, el cual la besa con respeto y ternura, y luego como queriendo terminar aquella situación, dice lanzándose al foro)

PED.

¡Partamos!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete lujosamente amueblado en casa de Luis. Dos puertas al foro: la de la derecha conduce á la calle, la de la izquierda á las habitaciones interiores. Otra puerta lateral en el primer término en la izquierda: un piano en el segundo término de la izquierda. Los demás muebles necesarios para el buen servicio de la escena, colocados convenientemente, según crea oportuno el director. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DIEGO y un CRIADO, entrando por el foro derecha.

DIEGO. ¿Tardará mucho?

CRIADO. Yo creo

que no, son las nueve y media
y el té se sirve á las diez.

DIEGO. ¡Hola! ¿Conque hay té?

(Se sienta en un divan.)

CRIADO. A la inglesa.

DIEGO. Se supone. ¿Y quién concurre?

CRIADO. Los mismos.

DIEGO. ¿Y tú pelechas
en esta casa?

CRIADO. Así, así...

DIEGO. ¿Conque hay gajes?...

CRIADO. No escasean.

DIEGO. Como por ejemplo... (Dándole una moneda.)

CRIADO. Gracias.

Viva usted mil a...

DIEGO. Si, etcétera.

Hombre, tú eres un buen chico.

CRIADO. Favor que...

DIEGO. Justicia seca. (Se levanta.)

Dime, Ramon: ¿a qué altura
se halla la cuestión doméstica
en esta casa?

CRIADO. Yo creo

(Con misterio y bajando la voz.)
que andan las cosas revueltas.

DIEGO. ¡Diantre! (Acercándose hacia Ramon.)

CRIADO. El señorito Luis

ya no es el mismo que era

cuando usted nos visitaba.

Ahora es otro hombre.

DIEGO. Si...

CRIADO. Y ella,

(Mirando con recelo en torno suyo.)

es decir, la señorita,

llora mucho.

DIEGO. Si... á ver, cuenta...

CRIADO. De noche se acuesta tarde,
muy tarde, y cuando esa péndola
dá las siete,

(Señalando el reloj de sobremesa que habrá encima
de la consola.)

se levanta

y vestida á la ligera

sale de casa.

DIEGO. Esto es grave.

¿Sola?

CRIADO. No, con la doncella.

DIEGO. Lo mismo dá. Y dime, tú
que eres listo, no sospechas
si es que tiene la señora
algun...

CRIADO. ¡Cortejo!

(Diego hace una seña afirmativa.)

No es de esas.

DIEGO. Pues entonces no comprendo
porqué están así.

CRiado. Quisiera
no engañarme; pero creo
que la señora sospecha
de que tiene el señorito
algun dolor de cabeza,
porque hace unos cuantos días
comenzó con indirectas
cenando, y el señorito
se levantó de la mesa
diciéndola: «Usted me aburre,
»usté agota mi paciencia
»y haré una barbaridad!...»
Mas yo temiendo la hiciera
conmigo, volví la espalda
y desfilé por la puerta.

DIEGO. ¡Conque ya se hablan de usted!

CRiado. Si, señor, no se tutean. (Muy grave.)
Mas con permiso, don Diego,
me voy, pues temo que venga...

DIEGO. Anda con Dios.

CRiado. Le suplico
que no diga usted...

DIEGO. No temas.

CRiado. ¡Ah! Ya sabe usted que soy
(Volviendo desde el foro.)
su criado, de manera
que puede mandar en todo
aquello que se le ofrezca.

DIEGO. Gracias. Si tú sabes algo...

CRiado. Es claro.

DIEGO. Adios, buena pieza. (Váse el Criado.)

ESCENA II.

DIEGO, solo. Se deja caer en una butaca.

Pues señor, la cosa marcha
á su fin en línea recta.
Los altercados domésticos
los comparo á las cerezas,

que á veces por coger una
salen una porcion de ellas.
Si está la cuerda tirante,
dando un buen golpe á la cuerda
se rompe, y una vez rota
ya no es fácil componerla.
¡Ah! Luisa, yo te ayudé
á salir de la miseria,
y tú me arrojaste un día
de esta casa, y esa ofensa
no la olvido, pues soy hombre
que me hago pagar las deudas.

ESCENA III.

DIEGO, LUIS y el CRIADO, foro derecha. Luis entra y tira la
capa al Criado, el cual la recoge y le señala á Diego.

LUIS. Cuando vengan los tertulios
avisa.

CRIADO. Don Diego espera.

(Señalando á Diego. Váse por el foro. Luis corre y
tiende la mano á Diego.)

ESCENA IV.

LUIS y DIEGO.

LUIS. ¡Diego!... Soy muy desgraciado.

DIEGO. Valor; te queda un amigo,
¡qué diantre!

LUIS. ¿Cuento contigo?

DIEGO. ¿No me tienes á tu lado?...
¡Qué diablos! penas olvida
y tus pesares reporta;
la vida del hombre es corta,
disfrutemos de la vida.

LUIS. ¿Leiste mi carta?...

DIEGO. Si,
y por ella he comprendido
que te encuentras aburrido,
que necesitas de mí.

que aunque de esta casa un día
tu mujer me despidió,
no fuera tu amigo yo
si al calcular que podía
desvanecer la ansiedad
que en este instante te altera,
mi afrenta no depusiera
en aras de la amistad.

Así, pues, habla sin miedo
levantando la cabeza,
y cual antes, con franqueza,
dime en qué servirme puedo.

LUIS. Pues bien, Diego, necesito
oro, mucho oro.

DIEGO. Lo creo:
pero yo también me veo
en ese trance maldito.
Mas siempre me consoló
el pensar por un segundo,
que de diez partes del mundo,
nueve, se hallan como yo.
Conque recuerda el refrán
Mal de muchos...

LUIS. ¡Eh! me aburre
tu indiferencia; discurre,
piensa algo...

DIEGO. Tengo un plan.

(Después de un momento.)
Tu tía es rica, y podía
salvarte en esta ocasión;
así pues, soy de opinión
que abordemos á tu tía.

LUIS. Es inútil.

DIEGO. No lo es.

Te quiere mucho, es ya vieja...

LUIS. Pero desoye mi queja.

Escucha, y juzga después.

—Cual sabes, de Luisa al lado
hace tres años que vivo.

Mas que por su amor cautivo
por mi palabra empeñado.

Al verla jóven y hermosa

mi amor la entregué y mi oro,
y por cubrir su decoro
le dije al mundo, es mi esposa.
La elegante sociedad
envidió á la desposada;
solo mi tía indignada
me retiró su amistad.
Mas entonces mi fortuna
me proclamó independiente,
y á su enojo, francamente,
no le dí importancia alguna.
Pero hoy que por mí he tocado
que el porvenir me abandona,
viendo cuál se desmórna
el resto de mi pasado,
corrí á su casa afligido,
le confesé la verdad,
y al contemplar mi ansiedad
¿sabes lo que ha respondido?
—Protegerte es mi deber,
que eres hijo de mi hermana;
te salvaré si mañana
te apartas de esa mujer.
Déjala y nada te aflija,
que yo te puedo salvar.—
¿Pero cómo abandonar
á la madre de mi hija?

DIEGO. Vamos, Luis, me causa risa
ese obstáculo inocente.

Luisa es un inconveniente?...
pues se suprime á Luisa.

LUIS. Por ventura, ¿se suprimen
afectos puros de amor?

DIEGO. ¡Y por qué no!... Si señor.

LUIS. ¿Diego, que eso fuera un crimen!

DIEGO. Vamos, eres un Quijote.

Todos los enamorados

ó sois locos rematados

ó tontos de capirote.

LUIS. Es que obrando de esa suerte
puedo arriesgar mi decoro.

DIEGO. A qui no hay mas Dios que el oro

- ni mas verdad que la muerte.
- LUIS. ¡Que eso es una infamia, Diego!
- DIEGO. ¿Quién lo duda? lo será.
- LUIS. Mas ¿qué dirá el mundo?
- DIEGO. ¡Bah!
el mundo está sordo y ciego.
- LUIS. Mi conciencia...
- DIEGO. ¡Bueno estás!
Tú aun la tienes... desdichado,
¡qué poco has adelantado!
- LUIS. ¡Basta!
- DIEGO. Bien, no hablemos mas.
Por eso no te acalores;
dije lo que te hace falta:
mas si mañana te asalta
la turba de acreedores,
como no alojes dinero
no te salvas de otro modo,
y, chico, con honra y todo
duermes en el Saladero.
- LUIS. Mas, Diego, piensa un momento
que arrojar á una mujer
siempre es muy vil proceder.
- DIEGO. La que hizo un cesto, hará ciento.
- LUIS. ¿Qué dices?
- DIEGO. Luis, francamente,
no te conviene esa chica.
- LUIS. ¡Esa sospecha!...
- DIEGO. Se explica.
- LUIS. ¿Mas cómo?
- DIEGO. Muy fácilmente.
- LUIS. ¡Habla!... (Con afan.)
- DIEGO. Pero no te acalores. (Con mucha calma.)
Si no es flaca tu memoria,
por un momento la historia
recuerda de tus amores.
Viste á esa mujer tres veces,
y en tu juvenil ardor
la declaraste tu amor
y pagó tu amor con creces.
Yo, que siempre procuré
tu bien, viendo que estorbaba

su padre, y que ella te amaba
de su padre te libré,
hombre á quien no conocia,
y denuncié por traidor,
y por hacerte un favor
cometí una villanía.
No salió mal el ardid,
y la huérfana afligida
lloró un poco, y en seguida
vino contigo á Madrid.
Tres años que vive aquí
y á su padre no ha nombrado:
¿pues si á su padre ha olvidado
no puede olvidarte á tí?...
Créeme, y ponte á la capa
aunque razon no te sobre,
pues mañana al verte pobre
con otro rico se escapa.
Esto es la verdad desnuda.

LUIS. No, su amor me pertenece:
amor que en su pecho crece,
amor que no cabe duda.

DIEGO. A tí te importa tres pitos
su amor; otras individuos.
Prueba de ello tus asíduas
visitas á Leganitos.

LUIS. ¿Sabes?... (Con interés.)

DIEGO. ¿Lo de la florista?
Lo sé, que aunque lo callaste,
mi curiosidad picaste
y te he seguido la pista.

LUIS. Pues bien, no es á la mujer
á quien busco allí indiscreto.
Voy en busca de un secreto
que necesito saber.

Y á decirte me precisa,
para que duda no quede,
que busco á un hombre que puede
decirme quién es Luisa.

DIEGO. Será así; mas, francamente,
allí vive una doncella
hermosa, y que vas por ella

es lo que dice la gente.
Porque, chico, el mundo es así,
que cuando un hombre visita
á una mujer y es bonita,
al momento piensa mal.
Y como á nadie interesa
conservar la ajena fama,
al verlos juntos exclama:
—ese es el querido de esa.—
Mira, apuesto cualquier cosa
á que no falta un cristiano,
que al ver que sale temprano
todos los días tu esposa...

LUIS. ¡Cómo!

DIEGO. Tu honra en tris
pone, exclamando al instante:
¡hola, ya tiene un amante
la mujer de don Luis!

LUIS. ¿Ella sale? ¡Cómo! ¡Cuándo!...

DIEGO. Por la mañana... irá... á misa
con su doncella...

LUIS. ¡Ah! ¡Luisa! (Llama.)

DIEGO. Calma... (Deteniéndole.)

LUIS. ¡Me estará engañando!...

DIEGO. ¡Prudencia!

LUIS. No puede ser; (Deteniéndose.)
su amor es mío, es honrada.

DIEGO. Pues que no haya dicho nada,
pero... ceta á tu mujer.
Nadie del burro me apea;
desengáñate, Luis;
lo mismo aquí que en París,
la que no es coja, cojea.

ESCENA IV.

LUISA, aparece en la puerta de la izquierda y se acerca á LUIS,
sin saludar á DIEGO.

LUIS. ¡Ella!... (Viéndola.)

DIEGO. (¡Calma!) (Conteniéndolo.)

LUISA. (¡Diego aquí!...)

- Quiero hablarte. (A Luis.)
DIEGO. (Vete.) (A Luis.)
LUIS. (Con indiferencia á Luisa.) Ahora
es imposible, señora;
me esperan...
LUISA. ¡Te esperan!...
LUIS. Si...
LUISA. ¡Oh!... ¡me niegas un instante!
Se pasa el tiempo, y no quiero...
LUISA. Lo ha dicho usted, caballero: (Con dignidad.)
no quiere usted.
LUIS. (Con impaciencia.) Adelante.
LUISA. ¡Dios mío!... (Dejándose caer en el sofá.)
LUIS. ¡Vuelta á empezar!
Siempre así, ¡qué impertinente!
¡ni aun delante de la gente
se sabe usted reportar!
Diego: díle que me llame
el deber. Dále un consejo...
LUISA. ¿Me dejas, Luis?...
LUIS. Si, te deajo.
DIEGO. (Vete.)
LUIS. No tardes... (Váse por el foro.)
LUISA. ¡No me ama!
(Dejando caer la cabeza sobre sus manos.)

ESCENA V.

LUISA, abatida en el sofá. DIEGO junto á la puerta del foro
contemplándola. Pausa.

- DIEGO. (Latia es rica, y lograr
su separacion ansia...
protejamos á la tia
por lo que pueda tronar.
Guerra, pues, á esos amores
que á arrollar estoy resuelto,
y luego... á rio revuelto
ganancia de pescadores;
que ó soy un chisgaravis
que no sé lo que me pesco,
ó desbanco el parentesco

- entre Luisa y Luis.)
(Se acerca adonde se halla Luisa.)
¡Luisa!...
(Luisa levanta la cabeza; al ver á Diego se pone en
pié mirándole con altivez y desprecio.)
- LUISA. Usted ha olvidado
tal vez...
- DIEGO. ¿Que fuí despedido?...
No, señora; si he venido
es porque se me ha llamado.
- LUISA. ¡Llamado!...
- DIEGO. Si...
- LUISA. ¿Por mi esposo?...
- DIEGO. Por... Luis... (Con marcada intencion.)
(Con indignacion.) ¿Y usted á venir osa?...
- LUISA. No sea usted rencorosa, (Con calma.)
que yo no soy rencoroso,
pues borré del pensamiento
aquella escena, y quisiera
que usted otro tanto hiciera.
- LUISA. ¡Nunca! (Dirigiéndose á su habitacion.)
- DIEGO. ¿Se vá usted?... Un momento.
Luisa... usted es desgraciada...
- LUISA. ¡Caballero!...
- DIEGO. Yo creia
que en esta casa vivia,
cual merece, respetada.
- LUISA. ¡Qué dice!... (Con asombro.)
- DIEGO. Harto callé,
y aunque falte á la amistad
no oculto mas la verdad.
Ese hombre, la engaña á usted.
- LUISA. ¡Dios mio!...
- DIEGO. Hoy que me eximen
de mis deberes de amigo
mil razones, hoy la digo
que el silencio fuera un crimen.
¡Será esto verdad!
- LUISA. Yo siento...
- DIEGO. ¿Conque él ama á otra mujer?
- LUISA. Si... (Dudando un momento.)
- DIEGO. Necesito saber (Con afan.)

quién es... ¡su nombre!... ¡al momento!

DIEGO. Temo que usted acalorada...

LUISA. ¡Por lo mas santo, don Diego!...

por mi hija... por mí, le ruego
que no me oculte usted nada.

DIEGO. Mas...

LUISA. ¿Vive?...

(Diego saca un libro de memorias, escribe rápidamente en una de sus hojas, la arranca y se la presenta á Luisa.)

DIEGO. Sus señas.

LUISA. ¡Ah!

(Coge el papel, lanza un grito y lo lee con afán.)

DIEGO. ¡Bravo! el negocio camina,

esta ya lleva una espina,
ahora (Dios decidirá...)

(Váse por el foro izquierda.)

ESCENA VI.

LUISA, sola. Luego de leer el papel corre al cordon de la campanilla y tira de él con fuerza. EL CRIADO aparece en la puerta del foro.

LUISA. Que salga Juana. Yo quiero

(El Criado cruza la escena y entra en la primera puerta lateral de la izquierda.)
conocer á mi rival.

Luis es mi esposo, es el padre
de mi hija, si el altar
no bendijo nuestros lazos,
Dios, que viéndonos está,
admitió su juramento.

ESCENA VII.

LUISA, JUANA El Criado sale y vuelve á desaparecer por el foro de la derecha.

JUANA. Señora. (Saliendo.)

LUISA. Di, ¿no es verdad

(Cogiéndola por un brazo.)

que Luis es un miserable?

JUANA. Señora... (Con asombro.)

LUISA. ¡Responde!... (Con impaciencia)

JUANA. Mas...

á esa pregunta, señora,
yo no sé qué contestar.

LUISA. ¡Pobre mujer!... ¡Mira... mira!...

(Enseñándole la hoja que le dió D. Diego.)

JUANA. ¿Qué es esto?...

LUISA. (Con sentimiento.) ¡No me ama ya!

Ese es el nombre, la casa

de una mujer infernal

que me roba su cariño,

que asesinándome está.

JUANA. Tranquilícese usted, puede

que eso no sea verdad.

Mire usted, todos los hombres

se gozan en levantar

falsos testimonios. Vamos,

no se abata usted, y si hay

motivo, si él es culpable,

le abandonamos y en paz.

LUISA. ¡Abandonarle... ¿y mi hija?

responde, dí, ¿qué será

de ella?... ¡Sola, sin un padre

que vele su tierna edad!...

Corre, busca á esa mujer,

quiero hablarla... ¡Aun no te vas!

JUANA. Considere usted un momento

que á estas horas...

LUISA. ¡Qué mas dá!

¿No vive de su trabajo?

pues que quiero, le dirás,

una corona de flores,

un ramo, un... me es igual.

Toma mi coche, no pierdas

un momento... Vete ya:

si por una flor te pide

cien duros, le ofreces mas.

Vete, y no vuelvas á casa

sin ella.

JUANA. ¿Conque no hay

- otro remedio?
 LUISA. Lo exijo,
 lo mando.
 JUANA. Bien, voy allá. (Se dirige al foro y vuelve.)
 ¿no piensa usted que un escándalo
 la puede perjudicar?
 LUISA. ¡Aun estás ahí!... ¡Dios mío!
 Ó no comprendes mi afán,
 ó es tu corazón de roca,
 ó no has amado jamás!...
 Vuela, su amor es mi vida;
 ¡corre!... Dios decidirá. (Luisa desaparece precipitadamente por la puerta lateral de la izquierda. Juana sale por el foro derecha á tiempo que entra D. Pedro y el Criado.)
 JUANA. ¡Ay!... (Dá un grito viendo á D. Pedro.)
 PED. ¿Qué es eso?
 (Acercándose hácia Juana con indiferencia.)
 JUANA. Nada... nada.
 (¡Qué parecido!) (Váse.)
 PED. Aquí estan. (Entrando.)
 CRIADO. Si usted me hiciera el favor
 de decirme...
 PED. El general
 Pedro Ruiz de Valdegama.
 CRIADO. Mil gracias: voy á avisar.
 (Vá á salir á tiempo que entra D. Carlos.)
 CARL. Mira, dile al señorito
 que estoy yo ya por acá. (Entra.)

ESCENA VIII.

D. PEDRO, en mitad del teatro, en actitud pensativa. D. CARLOS entra y mira un momento.

- PED. (No vaciles, corazón.)
 CARL. Servidor de usted. (Saludando.)
 ¡Don Pedro! (Reconociéndole.)
 PED. ¡Señor don Carlos!... (Se dan las manos.)
 CARL. ¡Usted
 en Madrid!...
 PED. Si...

- CARL. Ya era tiempo.
PED. Pues aquí estoy á sus órdenes.
CARL. ¿Y hace mucho?
PED. Mes y medio.
CARL. ¿A usted le cogió el indulto?
PED. Si.
CARL. Dios proteja al gobierno.
PED. ¡Siempre alegre!
CARL. Usted no sabe
el placer que experimento
al mirarle tornadizo
por fin á su patrio suelo.
PED. Gracias.
CARL. ¿Y qué tal se pasa
la vida en el extranjero?
PED. Teniendo lo necesario
y un poco de lo supérfluo,
en todas partes se pasa
medianamente el destierro.
CARL. Si, pero el sol de la patria...
PED. Suele ser un sol muy bello.
CARL. ¿Y piensa usted establecerse
en la córte?
PED. No: tan luego
como arregle mis asuntos
pienso trasladarme á un pueblo.
CARL. Eso es enterrarse en vida,
marqués. Y ahora que recuerdo,
¿usted tenía en Vitoria
una hija?...
PED. Mi hija... ha muerto.
CARL. ¿En Francia tal vez?
PED. Si... en... Francia...
CARL. Excuso decir que siento...
PED. Amigo Cárlos, suplico
á usted que no hablemos de eso.
CARL. Como usted guste. Supongo
que usted ya conoce al dueño
de esta casa?
PED. Si, le he visto
dos veces...
CARL. Guapo sujeto.

- PED. Y le ofrecí que vendría
á ser su tertulio, y vengo.
- CARL. Ya verá usted, general,
qué bien se pasa aquí el tiempo.
- PED. Me han dicho que es su mujer
muy hermosa.
- CARL. Es un portento.
- PED. Será de buena familia.
- CARL. Eso, amigo, es un secreto.
Por lo hermosa y lo señora,
debe ser de alto abolengo;
pero nadie la conoce
parientes... Tal vez por eso
se ha murmurado en Madrid
que aquí no hay tal casamiento.
- PED. ¡Cómo! (Con afán.)
- CARL. Pero esos son chismes
de envidiosos y...
- PED. ¡Silencio!
- (Precipitadamente. Aparecen en la puerta del foro
Luis, Diego y el criado.)

ESCENA IX.

DICHOS, LUIS, DIEGO, CRIADOS.

- LUIS. ¡Señor marqués! ¡Hola, Cárlos!
- (Dando la mano al marqués.)
- Tomen ustedes asiento.
- ¡Ramon! El té, y luego avisa
á la señora. (El Criado sale por el foro derecha.)
- Presento
á usted á mi antiguo amigo
el señor don Diego Arévalo.
- DIEGO. Servidor de usted. (El marqués saluda.)
- CARL. ¡Ah! ¡Luis,
sabes que mucho me temo
que falten los tertulianos
esta noche!
- LUIS. Es que hay estreno
en el Real.
- CARL. Si... Pues dálos

- de baja.
- PED. Señores, ruego á ustedes que no interrumpán sus costumbres.
- LUIS. Nada de eso, general.
- DIEGO. En la antesala dejemos los cumplimientos.
- CARL. Nuestra misión es pasar lo mejor posible el tiempo.
- LUIS. Se toma té, murmuramos de nuestro prójimo... y luego jugamos al ecarté, al tresillo...
(El Criado sale, deja el servicio en un velador y desaparece por el cuarto de Luisa.)
- CARL. ¡Ah! y tenemos alguna noche que otra, canto...
- DIEGO. Si, á piano seco.
(D. Pedro y Carlos se sientan en el sofá de la derecha, Diego y Luis en el de la izquierda.)
- PED. Me han dicho que canta mucho Luisa.
- CARL. Dá el *la* de pecho, sin ponderacion, su voz: es voz de *primo cartelo*.
- DIEGO. (Mucho adula á tu mujer (A Luis.) Carlos.)
- CARL. Ahora que recuerdo, usted, general, me dijo que se iba á vivir á un pueblo: ¿dejará usted los amigos políticos?
- PED. No los tengo; y despues qué la política hoy no es mas que un vicio feo que está en moda.
- DIEGO. Sin embargo, suele dar honra y provecho.
- PED. Á algunos tal vez; á mí solo me dió tres destierros,

cinco heridas, y un millon
de enemigos.

(El Criado sale y sostiene el portié de la puerta, por
donde aparece Luisa. Luis se dirige hácia ella y la
coge la mano.)

LUIS. ¡Ah! ¡un momento!

(Levantándose.)

PED. (¡Es ella!... ¡Por fin!...) (Viendo á Luisa.)

LUIS. Luisa;

el señor marqués del Cerro,
mi amigo. Señor marqués,
mi esposa.

LUISA. (¿Es él, ó sueño?)

(Luisa se queda petrificada mirando con asombro al
general. Este hace un esfuerzo por serenarse, y le
dice con la sonrisa en los labios.)

PED. Señora, mucho anhelaba
este instante.

LUISA. ¡Caballero!... (Confundida.)

(D. Pedro le dá la mano y la conduce al sofá mirán-
dola con fijeza. Luisa le sigue vacilante y con la
vista en el suelo. Luis contempla la escena. Diego
le dice aparte con maliciosa sonrisa.)

ESCENA X.

DICHOS, LUISA ¹.

DIEGO. Parece que el general
le hizo á tu mujer efecto.

LUIS. (¿Me estará engañando?)

LUISA. (Este hombre...

¿quién es este hombre! Su acento,
su semblante... O es mi padre,
ó es un castigo del cielo.)

CARLOS. Señores, el té se enfria.

¹ El autor suplica encarecidamente á los señores directores
que cuiden con escurpulosidad esta escena y la anterior, pues
son, á su modo de ver, las dos mas delicadas y de mas difícil
ejecucion de toda la obra.

LUIS. Cuando gustes. (Á Luisa.)

DIEGO. (Observemos.)

(Luisa sirve el té, y presenta la primera taza al general como la persona de mas categoría y menos confianza de la reunion; los demas toman cada uno una y lo saborean en pie: solo la señora debe tomarlo sentada, los caballeros deben ocuparse mas de la conversacion que de la taza que tienen en la mano, hablando con naturalidad y finura; Luisa dirige una mirada al marqués, el cual le dirige otra que la obliga á bajar los ojos al suelo. Diego observa y de vez en cuando indica á Luis á que le imite; Carlos sigue ocupado en su taza de té.)

LUISA. Señor general... (Presentándole la taza.)

PED. Señora... (Tomando la taza.)

CARL. Delicioso té. (Saboreando el líquido.)

DIEGO. ¡Soberbio!

LUIS. (¡Se turba!) (A Diego y mirando á Luisa.)

DIEGO. (Cuando te digo (A Luis.)

que novedades tenemos...)

PED. Señora .. aunque esta es la vez

primera que el honor tengo

de visitar esta casa...

sé que usted con su talento

ameniza esta pequeña

reunion, y aunque indiscreto

me apellide usted, señora,

á suplicarle me atrevo

se digne usted tocar algo

al piano.

LUISA. Marqués... me siento
algo indispuesta.

CARL. Aunque sean
dos notas ¡qué diablos! eso
no ha de empeorarla á usted.

PED. ¡Ah!... Señora, no es mi intento
violentar á usted.

LUIS. Luisa,
el marqués con su deseo
te honra y no debes...

LUISA. Señores,
voy pues...

- PED. Me hace usted el obsequio...
(La ofrece la mano. D. Pedro acompaña á Luisa hasta el piano, quedándose apoyado en uno de los extremos. Carlos llena por segunda vez la taza de té.)
- LUISA. (Tiembla su mano al contacto de la mía.)
- PED. (No me atrevo á mirarla...)
- LUISA. (Si, es mi padre... mi padre, lo envía el cielo.)
(Luisa distraídamente arregla los papeles de música. Carlos con la taza en la mano se acerca adonde está ella.)
- CARL. ¿Qué vá usted á tocar, señora?
- LUISA. Ustedes dirán. Lo dejo á su eleccion.
- PED. La Traviatta,
(Sin moverse del sitio y con marcada atencion.) si á usted le place.
- LUISA. (Yo muero.)
(Bajando la cabeza. Busca en los papeles de música demostrando la agitacion de que se halla poseida. D. Pedro la contempla un momento, y luego dice pausadamente.)
- PED. He oido celebrar tanto esa ópera, que deseo vivamente conocer algo de ella.
- CARL. El mundo entero la canta ya con asombro.
¡Qué música!... ¡Qué libreto!
Vamos, la literatura de allende los Pirineos es una cosa que pasma.
- PED. ¡Que si pasma! ¡yo lo creo!
Mujeres que mueren éticas, tipos extremos excéntricos.
Y para dar un adarme de moral al fin del cuento, escriben una comedia plagada de vicios bellos.
- CARL. Pues mire usted, hoy en día

- se traduce mucho.
- DIEGO. En verso,
que eso si no dá mucha honra,
suele dar... mucho... dinero.
(Luisa se habrá quedado pensativa durante el anterior diálogo. Diego le hace una seña á Luis indicándole que mire á su mujer; este se acerca al piano y la dice á media voz.)
- LUIS. Luisa, sin duda te olvidas
que estos señores...
(Luisa dá un golpe en el teclado como señal de que vá á principiar.)
- CARL. (A D. Pedro y Diego.) Silencio,
señores, que ya comienza.
- LUISA. (¡Dios mio!... ¡solo en ti esperol)
(Luisa toca el andante del duo de tiple y tenor del tercer acto de la *Traviata*, pero muy piano: de vez en cuando se debe notar la torpeza de su mano, que tiembla. Las demas figuras deben colocarse del modo mas conveniente para el buen orden del diálogo.)
- PED. (¡Tan hermosa... y tan culpable!)
- CARL. ¡Es mucho Verdi!... ¡Soberbio!
(Acompañando con la cabeza los acordes del piano.)
- DIEGO. (Luis, tu mujer esta noche
tiene muy torpes los dedos.)
- LUISA. (¿Por qué dudo...
(El general se habrá acercado al piano. Luisa aprovecha esta ocasion y le dice en voz baja.)
- General,
es preciso que un momento
hablemos los dos.)
- PED. (¿Adónde?)
- LUISA. (¡Aqui!)
- PED. (Vendré.)
- DIEGO. (Luis, tenemos
una cita.)
- LUIS. (¡Oh!)
- (Haciendo un movimiento de cólera.)
- DIEGO. (¡Imprudente! (Deteniéndole.)
observa y calla. Aun no es tiempo.)
(Luisa acaba de tocar y se levanta del piano. El general la vuelve á ofrecer la mano y la deja en el

CARL. sofá.)
¡Bravo!... ¡Con qué sentimiento
tocó usted?—Señor marqués,
¿aun persiste usted en su empeño
de retirarse del mundo?

PED. ¡Si persisto!... ¡Ya lo creo!
Apuesto á que esta señora
aprueba mi pensamiento.

CARL. Yo apuesto á que no.

PED. Veamos.

Decida usted.

LUISA. ¿Y qué es ello?

(Siempre distraída.)

PED. Supóngase usted, señora,

(D. Pedro debe decir este parlamento con marcada
intencion, procurando que cada una de sus palabras
hiera las mas delicadas fibras del corazon de su hija.)

que mi padre, á quien respeto
y amo como se merece
un padre... vive en un pueblo.

El aire puro del campo,
la paz del hogar doméstico,
son una segunda vida

para él. Yo que comprendo
que no hay ventura en el padre
que vive de su hijo lejos.

Yo que sé hasta dónde llega
ese amor dulce, supremo,
esa emanacion del alma,

ese manantial de afectos,
ese amor santo, que nunca
extingue su dulce fuego

y que al morir la materia
con el alma sube al cielo;

(Cambiando de tono.)

usted, que es madre, señora,

y comprende los desvelos
maternales, usted sabe

el goce profundo, inmenso...

que recibe el corazon
de un padre al dejar un beso,
sobre la frente del hijo

de quien velando está el sueño.
Y pues usted lo comprende,
diga usted á Carlos si debo
trocar los goces del mundo,
por la dulce paz de pueblo.

LUISA. Debe usted partir... Un padre,
(Con vez algo conmovida y vacilante, y sin atre-
verse á mirarle.)

general, es lo primero.

PED. Conque, querido don Carlos,
ya lo vé usted.

(Haciendo un esfuerzo para darle á su entonacion
un tanto de indiferencia.)

CARL. Perdí el pleito.

DIEGO. (Mientras estemos aquí
no logramos nuestro objeto.)

LUIS. (Es verdad.) ¡Calle! ¡Las once! (Saca el reloj.)
Ramon, la mesa de juego.
(Sale el Criado y se retira.)
Si ustedes gustan, señores,
á esa sala pasaremos
adonde espera el tresillo.

ESCENA XI.

DICHOS, VENTURA, DOS CABALLEROS, foro, derecha.

VENT. ¿El tresillo?... á tiempo llego.

Señora... (Vá saludando á todos.)

CARL. ¿Y qué tal la ópera?

VENT. La ópera, fiasco completo:

la tiple parece un gato

que le aprietan el pescuezo,

y el tenor canta lo mismo

que cantan los caleseros.

CARL. ¡Mala lengua!

VENT. Conque vamos.

LUIS. ¡Vamos, Luisa!

LUISA. Yo me quedo...

estoy algo trastornada.

LUIS. Como quieras. Hasta luego.

¿Vamos?

VENT. Si, vamos.
PED. (Dándole la mano.) Señora...
LUISA. (No olvide usted que le espero.)
DIEGO. (Segunda estacion.) (A Luis)
LUIS. (La cólera (A Diego.)

me ciega.)

(Saludan todos á Luisa y desaparecen por la izquierda del foro. Luisa cae desplomada en un sofá.)

ESCENA XII.

LUISA, sola.

¡Por fin ya puedo
respirar!.. ¡Me dejan sola!..
¡No!... Con mi remordimiento. (Pausa.)
Fuí muy criminal, y ahora
torpe la conciencia grita.
¡Maldita ambicion!.. ¡Maldita!
¡Pobre ciega... sufre... llora!...
Sigue... avanza en tu camino
por el oprobio manchada,
que la mujer deshonrada
padecer es su destino.
¡Si, si!... es mi padre, no hay duda:
me lo ha dicho claramente
la altivez de aquella frente
y su mirada sañuda.
Si, Dios es justo que exija
la expiacion... Eres madre!...
tú abandonaste á tu padre...
¡Ay si te abandona tu hija!
(Luisa se cubre la cabeza con las manos, Juana aparece en el foro.)

ESCENA XIII.

LUISA, JUANA.

JUANA. Señorita...

LUISA. ¿Quién es?...

JUANA. ¡Yo!

LUISA. ¡Ah! ¿La traes?... (Levantándose con rapidez.)

JUANA. Pues es claro.

Al principio algun reparo
puso, mas se decidió,
que de su trabajo al fin
vive la pobre, y no es cosa...

LUISA. Que entre... Espera... Dí, ¿es hermosa?

JUANA. Lo mismo que un serafín.

LUISA. ¡Conque tan bella!...

JUANA. Un portento:

nunca ví jóven mas casta,
ni ojos mas bellos, ni...

LUISA. ¡Basta!

JUANA. Está bien.

LUISA. Que entre al momento.

JUANA. ¡Ah! Pues no me olvido mucho... (Volviendo.)

¿no sabe usted quién es ella?

LUISA. ¿Quién?

JUANA. Pues... es la chica aquella
de Carabanchel.

LUISA. ¡Qué escucho!...

¿Y su padre?

JUANA. El padre está

enfermo.

LUISA. ¿Y te conoció?

JUANA. Creo que sí; pero yo
me hice de nuevas.

LUISA. Será

que Dios me envía á los dos
para expiar mi delito?...

¡Conciencia, ahoga tu grito!

Que entre.

JUANA. Voy. (Vase.)

LUISA. Decida Dios.

Vamos, recobra la calma,
pobre mujer desvalida,
que arriesgas en la partida
los pedazos de tu alma.

ESCENA XIV.

JUANA en el foro, INÉS y LUISA.

- JUANA. Vamos, no esté usted remisa.
INÉS. Señorita... (Entrando.)
LUISA. Acércate.
INÉS. Me han dicho que quiere usted...
(Acercándose á Luisa.)
¡Ah! ¡señorita Luisa!
(Corre hácia ella. Luisa la detiene con un gesto.)
Es usted... (Se detiene cortada.)
LUISA. ¿Adónde vas?
INÉS. ¿No se acuerda usted de mí?
LUISA. No. (Con indiferencia.)
INÉS. Dispense usted; créi...
LUISA. Yo no te he visto jamás. (Pausa.)
(Es un atroz sacrificio
insultar tanta hermosura...
Bajo una frente tan pura
no puede caber el vicio.)
(Luisa queda un momento pensativa; luego se pasa
la mano por la frente, como para ahuyentar algún
recuerdo doloroso, y hace una seña á Juana para que
se vaya: esta desaparece por la primera puerta late-
ral de la izquierda. Momento de pausa.)

ESCENA XV.

LUISA, INÉS.

- LUISA. Me han dicho que tu destreza
tanto en las flores se luce,
que vence á las que produce
la misma naturaleza.
INÉS. Tener esa habilidad
con el trabajo consigo.
¡Oh!... Yo al trabajo bendigo,
que él me dió felicidad.
LUISA. Oye. (Dios su voz inspira.)
Sé franca conmigo ahora.
INÉS. La que teme á Dios, señora,

- (Mucha naturalidad.)
no conoce la mentira.
- LUISA. (¡Oh! su inocente candor me martiriza.) Pues bien, oye: ¿tú has amado?
- INÉS. ¡Quién (Con ternura.) puede vivir sin amor!... ¡afecto puro!...
- LUISA. De modo...
- INÉS. Que mi espíritu enaltece,
y que todo lo embellece
y que lo sublima todo.
- LUISA. (¡Qué escucho! ¡horrible martirio!
de oír en celos me inflamo...)
¿Conque tú has amado?...
- INÉS. Y amo
con locura, con delirio...
- LUISA. Escucha... dí... ¿quién logró
inspirarte ese amor?...
- INÉS. ¡Quién!
¡mi orgullo, mi único bien,
mi padre!
- LUISA. (¡Su padre! ¡Oh!...)
(Luisa lanza una exclamación dolorosa y se cubre
la frente con ambas manos; Inés se acerca y le dice
con candor.)
- INÉS. Si incomodo...
- LUISA. No: y ahora
¿eres feliz?
- INÉS. Si, á fé mia.
- LUISA. ¡Mucho!...
- INÉS. No me trocaria
por una reina, señora.
Mi padre, viejo, achacosos,
vive contento á mi lado,
pues necesita el cuidado
filial, el dulce reposo
del hogar. Junto á su lecho
paso las horas velando
contemplándole y contando
los latidos de su pecho.
Cuando mi voz inocente

dulcifica sus enojos,
y al verle cerrar los ojos
le doy un beso en la frente;
ó cuando enjugo su llanto
y borro crueles excesos
con el calor de mis besos
y el arrullo de mi canto;
¡oh! la dicha de los dos
no compensan mil coronas.

LUISA.

¿Y nada mas ambicionas?

INÉS.

No. La envidia ofende á Dios.

Mi vida en servirle ciño,

que Dios me castigaria

si yo con idolatria

no pagase su cariño.

Yo soy su único sosten.

LUISA.

¡Dios mio! (Anonadada.)

INÉS.

¿Qué es eso?... Siento

molestarla...

LUISA.

No. ¡Tu acento

me hace bien!... si... ¡mucho bien!...

(Cambiando de tono y cogiéndola una mano)

Di; ¿si un hombre sublimase

con su pasion tu existencia,

y una vida de opulencia

á tus ojos desplegase...

—responde—abandonarias

á tu padre?

(Luisa fija su vista en la de Inés, esperando con
afan su respuesta.)

INÉS.

¡Qué locura!

¡Yo labrar la desventura

del que es autor de mis dias!...

¡Ay!... de aquella que al deber

y al honor de un padre atenta!

¡Ay, si las canas afrenta

de aquel á quien debe el ser!

No hay ya para ella piedad,

pues la eterna esclavitud

agosta su juventud,

mata su felicidad,

y escucha la maldicion

de un padre que eternamente
deja una arruga en su frente
y un eco en su corazón.
¡Es verdad!

LUISA.

INÉS.

Tranquilidad
de espíritu, santa calma,
es lo que ambiciona mi alma:
esa es la dicha.

LUISA.

¡Es verdad!

Juana! (No la quiero ver.) (Sale Juana.)

JUANA.

Señora...

LUISA.

(Lo que ha traído
se lo compras. Mas te pido
te lleves á esa mujer.)

JUANA.

Niña, venga por aquí,
dejará adentro esas flores.

INÉS.

Dios la premie los favores
que acaba de hacer por mí.
(Vánse Juana é Inés por la izquierda.)

ESCENA XVI.

LUISA sola.

Su inocencia angelical
es la voz de Dios que quiere
castigarme... Señor, hiere
esta frente criminal.
Solo al recordar me aterro
sus frases llenas de calma,
cayeron sobre mi alma
como una maza de hierro.
¡Cuánto me ha hecho padecer!
¡Dios mío! calma mi pena,
haciendo á mi hija tan buena
como á esa pobre mujer.

(Luisa oculta la cara entre las manos. D. Pedro
aparece en el foro. Un momento de pausa. D. Pedro
vá acercándose hácia Luisa: cuando está cerca la con-
templa un momento.)

ESCENA XVII.

LUISA, D. PEDRO

PED. Señora...

LUISA. ¡Señor marqués,
(Levantándose como movida por un resorte.)
cuánto anhelo su venida!

PED. ¡Pero está usted conmovida!

LUISA. (¡No hay duda, mi padre es!
¡Mas si el corazón me engaña
y mi padre al fin no fuese!...
Si entre los dos existiese
una semejanza extraña...
Yo de esta duda fatal
quiero salir...)

PED. (Lleva escrito
en su frente su delito.)

LUISA. ¿Quién es usted, general,
que así sobre mi alma pesa
su voz, su mirar, su acento?

PED. Yo soy... el remordimiento
que viene aquí por su presa.
Un hombre á quien deshonró
una mujer fermentada,
un ser que vive sin vida...

LUISA. ¡Padre!...

(Corriendo hácia él con los brazos abiertos. El ge-
neral cruza los suyos sobre el pecho, y dice con
frialdad rechazándola.)

PED. Mi hija murió. (Pausa.)

LUISA. ¿No lee usted en mi mirada
que el dolor me está matando?

¿No me vé usted esperando
mi castigo resignada?

¿y estas lágrimas que vierto
no le inspiran compasion?

PED. Señora, mi corazón
hace tres años que ha muerto.
El nombre de una mujer
quedó en su lugar escrito,
pero es un nombre maldito...

no le quiera usted saber.
Es nombre que deja en pos
deshonra, perfidia, dolo,
y que al pronunciarle solo
nos mancillamos los dos.

LUISA. Si el remover su memoria
la existencia me costara,
yo con placer la trocara.

PED. Pues bien, oiga usted la historia
de un ser, que en morir la suerte
tan solamente cifraba,
que entre la muerte moraba,
y no pudo hallar la muerte.
Él en lágrimas deshecho
me refirió su quebranto,
vertiendo mares de llanto
sobre el calor de mi pecho.—
Juan,—que así se llamó el hombre
que usted quiere conocer,—
siendo mozo, unió su nombre,
al nombre de una mujer.

Hermosa cual no lo ha sido
otra alguna, su belleza
era la falsa corteza
de un corazón corrompido.

No hay delito que no cuadre
á la ambición, y la esposa
de mi amigo fué ambiciosa.

LUISA. (¡Qué vergüenza!... ¡Era mi madre!)

PED. Una hija por fruto vió
este enlace desgraciado,
que era un hermoso traslado
de aquella que el ser le dió.

Juan, á aquella encantadora
niña loco idolatraba. (Mudando el tono.)

Casualmente se llamaba
lo mismo que usted, señora.
La dicha, la gloria era
de su padre.

LUISA. (Estoy sufriendo
horriblemente.)

PED. Y temiendo

que aquella niña adquiriera
los defectos de la madre,
la educó en santa pobreza,
pero ¡ay!... la naturaleza
destruyó la obra del padre.
Torpes pasiones, livianas,
heredó...

LUISA.

(¡Terrible historia!)

PED.

Ella afrontó su memoria,
ella deshonró sus canas,
y en su loco devaneo
su podrido corazón,
sin mas Dios que su ambición,
sin mas ley que su deseo,
sacando á plaza su honor,
vendió por un poco de oro
su vergüenza y su decoro
al primer licitador.

LUISA.

Señor...

PED.

El padre llorando
en un destierro vivía,
uno, y otro, y otro día
siempre en su hija pensando,
y mientras con tierno afán
el padre en la hija soñaba,
la hija á su padre olvidaba
en brazos de su galán,
viendo deslizar serenas
las horas de su locura,
aquella mujer impura,
y un ladrón de honras ajenas.

LUISA.

¡Padre!

PED.

Mas Dios se apiadó
y el padre tornó á Castilla,
y al descubrir su mancilla
se dijo: «mi hija murió.»
Y si algún día el destino,
para ser mas inclemente,
nos coloca frente á frente
en la mitad de un camino,
dile, aunque el rostro cubierto
de llanto pida perdon;

señora, mi corazon
hace tres años que ha muerto.
El nombre de esa mujer
quedó en su lugar escrito;
pero es un nombre maldito,
no lo quiera usted saber.
Es nombre que deja en pos
deshonra, perfidia, dolo,
y que al pronunciarle solo
nos mancillamos los dos.

LUISA. ¡Ah, padre mio, perdon!

(Arrojándose á sus pies.)
que tu acento conmovido
cual de un Dios ofendido
retumba en mi corazon.

PED. ¡Nunca!

LUISA. ¡Que el pecho en pedazos
me rompes al despreciarme!
¡que aun puede purificarme
el calor de tus abrazos!
¡que el crimen que llevo impreso
sobre esta frente maldita,
un beso tuyo le quita!
¡Yo te pido ese beso!

PED. ¡Nunca!

LUISA. ¡Señor, compasion!
Vé que en mi llanto me anego,
y que hoy á tus plantas llego
hambrienta de tu perdon.
No olvides que como yo,
de arrepentimiento llena,
perdon pidió Magdalena
y Dios el cielo le abrió.
¡Luisa!

PED.

LUISA. Yo sé que te infamo
al infamar mi decoro...
pero tambien sé que lloro,
que me arrepiento, ¡que te amo!

(Luisa dice estos últimos versos arrojándose al cuello de su padre, el cual la estrecha contra su pecho y le dá un beso en la frente. Luis, Diego, Ventura y dos caballeros salen por el foro.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, LUIS, DIEGO, CARLOS, VENTURA y acompañamiento.

DIEGO. Mira. (Señalándole á Luisa.)

LUIS. ¡Ah! ¡infame!

PED. (¡Esto es mas!)

Ni un insulto de esa boca.

Yo sé lo que hacer me toca.

LUIS. Salgamos.

PED. ¡Don Luis!...

LUISA. (Colocándose en medio.) ¡Atrás!

LUIS. ¿Qué intenta usted?

LUISA. Convencer

á todos de lo que pasa.

LUIS. ¡Oh! Salga usted de esta casa

para nunca mas volver.

LUISA. ¡Qué dice! (Contempla asombrada la escena.)

PED. (Otra humillacion,

y aun mi cólera contengo.)

(Se coloca delante de D. Luis con altanería, y le dice con pausa.)

Ladron de honras... yo vengo

á arrancarte el corazon,

LUIS. ¿Quién es usted, general

PED. Un hombre cuya presencia

arranca de tu conciencia

el grito del criminal.

El que al mirar el dolor

de esa mujer desvalida,

viene á pedirte la vida

por rehenes de su honor.

LUIS. General, ¿aun usted osa

á esa infame defender?

Señores, esa mu'cr

(Volviéndose á los caballeros que han quedado en el foro.)

no ha sido nunca mi esposa.

LUISA. ¡Dios mio!

PED. (Cogiéndola con violencia por un brazo.)

¡Luisa!

LUISA.

¡Piedad!

PED.

Responde... di... ¿ese menguado
ha mentido?... ¿ha calumniado?...

LUISA.

No, padre mio, es verdad,
aunque el oírlo te aflija.

PED.

¡Oh! ¡lo mismo que su madre!

LUISA.

¡Padre!

PED.

¡Atrás! No soy tu padre.

(Arrojándola lejos de sí con desprecio. Luisa lanza
un grito y cae desplomada en el suelo. Todos acuden
á socorrerla. D. Pedro se coloca delante de ella, y
dice con un arranque de amor.)

¡Nadie la toque!... ¡Es mi hija!

DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala modestamente amueblada en casa de Inés. Dos puertas laterales que conducen á las habitaciones interiores de la casa. Otra al foro que dá á la calle. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, INÉS. Esta se halla sentada junto á una mesita, ocupada en trabajar flores de mano. Luisa á su lado, apoyada la cabeza entre las manos.

LUISA. Mucho tarda tu buen padre,
Inés.

INÉS. El pobre es muy viejo,
y aunque voluntad le sobra,
las piernas dicen, no quiero.

LUISA. Mira, Inés, yo necesito
tu perdon.

INÉS. No hablemos de eso

LUISA. Tu bondad es infinita
para conmigo.

INÉS. Dejemos
elogio que me abochorna,
y que ademas no merezco.

LUISA. Tu virtud; ¿qué merece!
¿Acaso olvidarme puedo
de que cuando todo el mundo
me rechazaba severo,

- tú, cual hermana querida,
me ofreciste los consuelos
de la amistad y esta casa?
- INÉS. Y acaso ¿no hubiera hecho
usted lo mismo?... además,
usted es hija de don Pedro,
y él es mi segundo padre:
¡ha sido siempre tan bueno
para nosotros!
- LUISA. Pretendes
quitar á tu favor mérito,
pero nunca olvidaré
los favores que te debo.
- NÉS. ¿Oye usted subir?
- LUISA. Si acaso
es él.
- INÉS. ¡Ahí está mi viejo!
(Se dirige á la puerta y la abre. Antonio aparece en
el foro, Luisa corre á encontrarle, mientras que Inés
le obliga á sentarse en una silla que le presenta.)

ESCENA II.

LUISA, INÉS, ANTONIO.

- ANT. Gracias. (Mirando á su hija)
- LUISA. ¿Y mi padre?
- ANT. Acabo
de verle en este momento.
- LUISA. ¿Está indignado conmigo,
muy indignado, no es cierto?
- ANT. Yo le diré á usted. El marqués
es así... un poquillo terco,
y en cuanto me vió asomar
por la puerta, frunció el ceño
y me dijo: —si á esta casa
te ha conducido el intento
de hablarme de ella, es inútil,
pues yo nada saber quiero
de esa mujer.
- LUISA. ¡Oh!
- ANT. Mas pronto

á su ternura cediendo,
dejó rodar una lágrima
que bañó su rostro austero,
y acabó por ofrecirme
que vendría.

INÉS. Dios es bueno. (A Luisa.)

Ya verá usted como al fin...

LUISA. ¿Pero usted cree que debo
contar ya con su perdón?

ANT. No he dicho tanto, mas creo
que debe usted no perder
la esperanza, por lo menos.

LUISA. ¡Oh! ¡no me oculte usted nada!
¿qué mas dijo? porque anhelo
saberlo todo.

ANT. Despues

habló de don Luis, de Diego...

LUISA. No pronuncie usted ese nombre
delante de mí.

ANT. Comprendo
el enojo; se han portado
mal, muy mal.

INÉS. Es que los celos
dicen que vuelven el juicio,
y quizá en aquel momento...

LUISA. ¡Es verdad!!... Luis fué siempre
tan cariñoso, tan bueno
para conmigo, y cegado
sin duda por los consejos
de un miserable...

ANT. Señora,
yo ni acuso ni defiendo,
pero dime con quién andas...
ya sabe usted el proverbio.
Uno de los cazadores
de aquellos dos que pidieron
hospitalidad en casa,
fué el que denunció á don Pedro.
Lo sé de muy buena tinta,
pués me lo dijo el sargento,
y hubiera dado una oreja
por retorcerle el pescuezo.

LUISA. Usté, Antonio, no conoce
la perversidad de Diego.
Luis fué débil, si, muy débil,
y dió á sus calumnias crédito.

ANT. Cuando á un hombre le aconsejan
el mal, si es honrado y recto
vuelve la espalda al delito
y desprecia al consejero.
La falta de voluntad
es, señorita, un defecto,
que aquel que un crimen comete
porque le nace de adentro,
es menos malo que aquel
que sigue el impulso ajeno.

LUISA. Es verdad. (Llaman á la puerta del foro.)

INÉS. ¡Llaman!

PED. (Desde fuera. Antonio,
soy yo. Mi padre.

LUISA. ¡Don Pedro!

ANT. (Todos corren á abrir la puerta del foro. Luisa llega
primero y la abre, vá á arrojarle en brazos de su
padre, y este la rechaza. Luego se dirige á Antonio
y le estrecha la mano, el cual le indica con un mo-
vimiento de cabeza el dolor de que se halla poseida
su hija. D. Pedro la mira, procurando dominar su
emocion.)

ESCENA III.

DICHOS, D. PEDRO.

LUISA. ¡Padre mio!... ¡Me rechaza!
¡Es muy justo! Lo merezco.
(D. Pedro habla aparte con Antonio.)

PED. ¿Cumpliste mi encargo? (A Antonio.)

ANT. Si.
Todo quedará dispuesto
para las diez. (D. Pedro saca el reloj.)

PED. Son las ocho.
Está bien, tiempo tenemos
para todo: retiraos,

quiero estar solo.

ANT. Don Pedro,
que es hija de usted.

PED. Bien, vete.

LUISA. (Á mirarle no me atrevo.)
(Antônio y su hija desaparecen por la derecha.)

ESCENA IV.

D. PEDRO, LUISA. Pausa.

PED. Si aquí, con harto dolor
al llamarme me presento,
es porque quiero al momento
que cese mi deshonor.

LUISA. Si mi triste vida puede
curar del honor la herida,
tome usted mi triste vida
y curado el honor quede.

PED. ¡Tu vida!... ¿Piensas por suerte
que si ella lavar pudiera
mi afrenta, ya no te hubiera
mil veces dado la muerte?

Vive, pues, para tu hija,
que así lo quiere tu estrella.

LUISA. Bien... viviré para ella,
por mas que el vivir me aflija.

PED. Dentro de poco vendrá
Luis aquí.

LUISA. ¿Y á qué, señor?

PED. Así lo exige mi honor.

LUISA. ¡Pero si no le amo ya!

PED. ¿Que no le amas?

LUISA. No, y en vano
procura mi pensamiento
adivinar el intento
con que usted llama á un villano.

PED. Tu hija hoy mismo necesita
un nombre que ocultar pueda,
la negra mancha que aun queda
sobre tu frente marchita.

LUISA. ¿Y usted quiere?...

PED. Que al instante
se lave esa mancha odiosa,
dando la mano de esposa
al que hasta aquí fué tu amante.

LUISA. ¡Jamás!

Ped. *¿Jamás!*

(Se dirige hácia la puerta del foro, y Luisa se le interpone.)

LUISA. ¡Oh! ¡Perdon!
¿no piensa usted que es horrible
ese enlace... que es posible
que Dios maldiga esa union?

PED. ¡Serás su esposa!

LUISA. (Con resignacion.) Está bien.

Padre, aunque el serlo me aflige,
sea, pues usted lo exige.

PED Pero comprendo el desden
con que le miras, y puedes
separarte de su lado
una vez que te haya dado
su nombre, y con honra quedas.

LUISA. ¡Oh! ¡Gracias!

PED. Tu hija será
hija mia y mi heredera.

LUISA. ¡Ah! Señor, ¿qué mas pudiera
una madre anhelar ya?

PED. Pero desde este momento renuncia á verla.

LUISA. (Con asombro.) ¡Dios mío!...

PED. Que comprendes, ya confío,
cuál será mi pensamiento.

LUISA. Padre, pierdo la razon...

PED. Lejos de ella vivirás,
y á verla no volverás
hasta alcanzar mi perdon.

LUISA. ¡Quitármela!

PED. Es mi deber.

LUISA. ¡Pero ese horrible castigo...
no... jamás!

PED. ¿Qué dices?

LUISA. Digo,
padre, que no puede ser.

PED. ¡Luisa!

LUISA. ¡No quiero... no puedo!...

soy tuya... mi vida inmola;
pero mi hija es mía sola,
mía... y á nadie la cedo.

PED. Pues entonces...

LUISA. Tus enojos

cesen ya, padre querido;
si, si, mucho te he ofendido,
lo estan diciendo tus ojos.

Soy una planta maldita
que se nutrió de veneno;
soy una flor que en el cieno
hundió su tallo marchita.

Pero de ese lodazal
en que resbaló mi planta,
una estrella se levanta
purísima, celestial.

Estrella de redencion
que alumbra mi paso incierto,
flor que embellece el desierto
de mi pobre corazon.

Angel que el cielo me ha dado
para calmar mi agonía,
por el que espero algun día
purificar mi pasado.

Hija que á Dios pedirá
el perdon para su madre;
y Dios, que tambien es padre,
su perdon me otorgará.

PED. El pensar que has de vivir
sin ella te causa horror;
mas yo, dolor por dolor
espero hacerte sufrir.

Soy padre; justo es que exija
el mal que tú me causaste:

tú á mi hija me robaste,
yo tengo á robarte tu hija.

LUISA. ¡Robámela!... ¡Yo deliro!

¡robáme á mi hija querida!
¡Si ella es vida de mi vida,
si es á aire que respiro!

¡Oh! ¿Qué madre trocaría,
ni por el cetro del mundo,
el goce inmenso, profundo,
de abrazar á su hija un día?

PED. Ese dolor, hija ingrata,
te hará comprender el mío,
y que el pensamiento impio
de tu deshonra me mata.
Sin dolerte mi agonía,
sin dar oído á mi pena,
viviste alegre y serena
mientras tu padre moría.
Así, pues, cese el rogar;
tu hija vivirá á mi lado:
solo así un padre indignado
puede tal vez perdonar.

LUISA. Si quieres para tus fines
probar mi arrepentimiento,
hazme sufrir el tormento
mas horrible que imagines.
Con mi hija á todo me allano,
imponme un castigo horrendo,
y mientras vaya sufriendo
te iré besando la mano.

(Llaman á la puerta del foro.)

PED. Abre... pues sin duda viene
Luis.

LUISA. ¡Oh! no le quiero ver.

PED. Me has jurado obedecer
lo que mi labio te ordena.
Abre la puerta.

LUISA. ¿Por qué
me obligas á que le vea?

PED. Luisa... te arrepientes...

LUISA. (Después de un momento.) Sea:
mi oferta cumplir sabré.

(Luisa corre á la puerta, la abre y aparece en el
dintel Luis. Luisa corre hácia el proscenio y se que-
da de espaldas al foro. D. Pedro inmóvil con los bra-
zos cruzados contempla á los dos. Pausa.)

ESCENA V.

DICHOS, LUIS en el foro.

PED. Puede usted pasar. (A Luis.)

LUISA. (Me faltan
las fuerzas.)

LUIS. (A D. Pedro.) Tuve el honor
de recibir una cita,
y llego sin dilacion...

PED. ¿A saber por qué motivo
esta cita se le dió?...
Es muy justo.

(Se acerca y le dice en voz baja.)

Usted, don Luis,

sabe de sobra quién soy,
y que el obrar con prudencia
no me aconseja el temor;
pues si la vida hoy le dejo
al que la honra me quitó,
es porque mas que su vida
necesito de mi honor.

LUIS. ¡Caballero!

PED. Basta. (Se dirige á Luisa.)

Luisa,

no ignoro que entre los dos
una valla insuperable
el destino levantó;
pero ese hombre me ha afrentado:
si no por tí, por mi honor
será tu esposo.

LUISA. Está bien.

PED. Ya sabes que mi perdon
solo así alcanzarse puede.

LUISA. No lo olvidaré, señor.

(D. Pedro se dirige adonde está D. Luis, y le dice
en voz alta.)

PED. Don Luis, le dejo á usted solo
con Luisa, pues yo no soy
quien debe hablar. Solo á ella
toca dar la explicacion

de esta cita. (Apenas puedo tenerme.) (Entra en el gabinete de la izquierda)
(Pausa.) Solos los dos.

LUIS.

ESCENA VI.

LUISA y LUIS.

LUISA. (Dáme fuerzas, Dios piadoso.)

LUIS. (Á mirarla no me atrevo)

LUISA. (Mi padre lo quiere... y debo obedecer... es forzoso.)
Don Luis...

LUIS. Señora, perdon.

LUISA. Alce usted, es tarde ya:
sin vida en mi pecho está
para usted mi corazon.

LUIS. Es verdad... dice usted bien.
Quien cual yo se hizo culpable,
es un vil, un miserable,
solo merece desden.

LUISA. Lo pasado, caballero,
olvidemos; del presente
hablemos, mas brevemente,
pues terminar pronto quiero.
Mi padre, dueño y señor
de mi voluntad y vida,
al ver la profunda herida
que ha causado usted á su honor,
como expiacion forzosa
de esa culpa que me abisma,
quiere que esta noche misma
me dé usted el nombre de esposa.

LUIS. ¿Pues qué otra cosa procura
mi alma que verte á mi lado,
para que borre el pasado
un porvenir de ventura?

LUISA. ¡Ventura!... Esperanza vana,
pues la santa bendicion,
lazo en otros celestial,
aqui será la señal
de eterna separacion.

- LUIS. ¡Qué oigo! Apartado de tí,
vivir sin mi hija adorada!
- LUISA. Por su cariño impulsada
en esta union consentí,
que no es digna de ser madre
la infame mujer que olvida,
que es muy poco dar la vida
por el limpio honor de un padre.
- LUIS. Te será el enlace odioso,
haces bien: quien como yo
tan vilmente se portó
no debiera ser tu esposo.
Yo faltando á mi deber
te insulté villanamente...
fuí un miserable, un demente,
sé lo que me resta hacer.
Huiré de España, no quiero
que mas tu desden me aflija.
- LUISA. Dé usted un nombre á su hija,
y parta usted, caballero.
- LUIS. Partiré.
- LUISA. Nuestra mision
terminó ya.
- LUIS. Luisa... Dí...
¿no podré esperar de tí
algun dia mi perdon?
- LUISA. ¡Nunca!
- LUIS. Luisa, quizá
si supieras cuán horrible
es mi suerte, mas sensible
te hubieras mostrado ya.
Un hombre turbó la calma
de nuestra dulce existencia;
y vendiendo su conciencia
fué emponzoñando mi alma.
Él derrochó mi caudal,
y fué llamándose amigo
mi mas cruel enemigo
consejero de mi mal.
Él á tu padre acusó
sin avisármelo á mí.
- LUISA. ¿Y usted lo ignoraba?

LUIS. Si.
LUISA. ¿No fué usted cómplice?
LUIS. No.
Sallyarle quise y jamás
dó estaba pude saber.
LUISA. ¿No fué usted?...
LUIS. Yo podré ser
débil, villano jamás.
Pero tu amor no reclamo,
soy indigno de él.
LUISA. ¡Dios mio!
LUIS. Pero aun alcanzar confio
tu perdon, porque te amo.
Hoy tan solamente espero
que guarde tu corazon
un resto de compasion
para el pobre viajero.
LUISA. (Me lastima su dolor.)
LUIS. Manda, á todo estoy dispuesto.
LUISA. (¡Pero, Dios mio, qué es esto!
¿Por qué renaces, amor?)

ESCENA VII.

DICHOS, D. PEDRO, se va acercando hasta colocarse delante de
los dos.

LUIS. (¡El general!...)
LUISA. (¡Ah!... mi padre.
LUIS. Señor...
PED. Todo lo he escuchado,
mas para pagar la deuda
que usted con mi honra contrajo,
no basta que un sacerdote
bendiga la union de entrambos;
es necesario algo mas ,
señor don Luis, el escándalo
fué público, y ha de ser
público mi desagravio.
LUIS. No acierto...
PED. Su noble tia,
que tanto empeño ha mostrado

en desunirles, será
la madrina, y por su mano
conducirá al pié del ara
á mi hija. Los que se hallaron
anoche en casa de usted,
pues mi afrenta han presenciado,
mi reparacion presencien
por usted mismo invitados.
LUIS. ¿Y si mi tia se niega
á acceder?...

PED. ¡Oh!... no, al contrario,
su tia de usted irá
muy gustosa, ya el obstáculo
de las distancias no es existe,
y accederá de buen grado
cuando sepa que es mi hija
la que honra á usted reclamando
una promesa sagrada
que usted la hizo.

LUIS. Sin embargo,
señor marqués, es muy duro
para mí...

PED. El que nace honrado,
antes que á su orgullo... á acata
su conciencia. Usted contrajo
una deuda con mi honra
y pagarla es necesario.
¿Vacila usted?

LUIS General,
corro á verla, y si no alcanzo
su consentimiento, entonces
habré como bueno obrado,
y vendré á ofrecer mi vida
á usted, ó á Luisa mi mano. (Vase.)

ESCENA VIII.

DICHOS, menos LUIS.

LUISA. (Que Dios le guie.) Señor,
ahora mi sentencia aguardo.

PED. Si tú mi perdon anhelas

Luisa, has de vivir un año
en esta casa sin mas
auxilios que tu trabajo;
si cumples con humildad
cuando se termine el plazo,
tal vez olvide mi afrenta
y te reciba en mis brazos.

LUISA. Lo haré, señor: es muy justo
ese castigo, y lo acato:
le juro á usted que sabré
con valor llevarlo á cabo.

PED. ¡Inés!... (Llamando.)
(Esta sale y D. Pedro le habla en voz baja.)

INÉS. ¡Señor!...
PED. Obedece. (Vase Inés.)

Conmigo mismo batallo,
porque al contemplar sus lágrimas
vá mi valor amenguando.

(Inés sale y lleva una caja de carton bastante grande para que pueda contener dentro un vestido.)

LUISA. Señor, ¿qué es esto?
PED. El regalo

de boda: un vestido humilde,
tan humilde como honrado.
Esta jóven virtuosa
lo ganó con su trabajo;
su bondad y su honradez
por mucho tiempo moraron
en vueltas con su pobreza:
yo para tí lo he comprado,
pues la virtud purifica
al crimen con su contacto.

Vestida con él, espera,
Luisa, á que termine el plazo.

JUANA. Yo obedezco resignada,
padre; y dichosa si alcanzo
mi perdon; ya de mi cuerpo
no se apartará; no... en vano
tú me avergonzaste un dia,
hoy te venero, te amo.

(Luisa coge la caja y desaparece por el gabinete de la derecha. D. Pedro se deja caer en una silla, y se-

cubre la cabeza con las manos.)

ESCENA IX.

D. PEDRO, INÉS.

INÉS. (Quisiera partir con ella:
Sus penas... no son tan malos
como dicen... Porque al fin
se arrepienten... y eso es algo.)
Señor don Pedro, ¿por qué
(Se acerca á D. Pedro y le dice con dulzura)
no se arrojó usted en sus brazos?
Ella sufre, usted padece,
y el remedio está en su mano.
PED. Inés... si tú comprendieras
mi dolor... ¡la quiero tanto!
¡Es tan desgraciada!... y luego
es madre también.

INÉS. Es claro;
usted no puede vivir
así; se está usted matando;
tiene usted cara de hombre
de bien, y se hace usted el malo;
si lo conoce cualquiera
que se encuentra usted afectado;
si estan diciendo esos ojos
que se dá usted un mal rato;
si usted está sufriendo mas
que ellos, y al fin y al cabo
usted es padre, y á un padre
perdonar le es necesario.

PED. Esta rudeza, hija mia,
mañana ha de ser el bálsamo
bienhechor que cicatrice
sus heridas. Entre tanto,
Inés, la prueba arriesguemos
que debe salvar á entrambos:
en Dios confio; ahora escucha:
en mi coche está esperando
un caballero; le dices
que puede subir, que aguardo.

ESCENA XIII.

D. PEDRO, DIEGO. D. Pedro lo contempla un momento: luego se sienta.

DIEGO. (Este es hombre de valor.
¡Audacia y serenidad!)

PED. Te extrañará á la verdad...

DIEGO. ¿Me tutea usted? ¡mejor!
Es una prueba evidente...

PED. Sí, de que te he conocido.

DIEGO. Ocultar nunca he querido
mis defectos á la gente.
Y pues sabe usted barrunto
adonde mi audacia raya,
le suplico á usted que vaya
directamente al asunto.

PED. Diego: mi objeto al traerte
aquí, es porque no ignoro
que tienes apego al oro,
y deseo enriquecerte.

DIEGO. Falta me hace.

PED. Ya lo sé.

¿Cuánto una carta dictada
por mí, y por tí firmada,
me costaría?

(Diego le mira un momento, luego se sienta al otro
lado de la mesa, coge una pluma, prepara el papel,
y dice con serenidad.)

DIEGO. Dicte usted,
que me precio de barato,
pero esté usted advertido,
que segun el contenido
de la carta, será el trato.

PED. Escribe. «Soy un villano (Diego escribe.)
»calumniador, que por oro
»vendo conciencia y decoro.

(D. Pedro se acerca á Diego y dice aparte.)
(¡Y no le tiembla la mano!)

DIEGO. Decoró.

(Sin levantar la mano del papel y como acabando la

frase. D. Pedro hace un movimiento de indignacion, luego se contiene, y continúa dictando.)

PED. »Un vil que no repara
»en crímenes... de manera,
»que hasta mi padre vendiera
»si alguno me lo comprara,
»porque no hay hombre en la corte
»que en vicios á mí se iguale. (Pausa.)

DIEGO. Un millon lo escrito vale.

PED. Escribe y nada te importe.

DIEGO. »Igualé.»—¿Se ha terminado?

(Mirando á D. Pedro.)

PED. Si, firma. (Diego deja la pluma y se levanta.)

DIEGO. Aquí punto haremos,

señor don Pedro, y hablemos
un poco de lo pactado.

Ya la misiva en cuestion
escrita está: lo confirma
este papel. Mas mi firma...
exige una condicion.

Yo mancho aqui mi decoro.

PED. ¡Tu decoro!...

DIEGO. Usted lo quiso,
y esas manchas, es preciso
que las cubramos con oro.
Por lo cual, no hay mas que hablar;
obremos como leales,
me dá usted un millon de reales
y estoy dispuesto á firmar.

PED. Yo condiciones no admito:

pago segun me parece.

Toma, pues mas no merece

(Arroja una cartera sobre la mesa.)

ese miserable escrito.

DIEGO. Poco abulta.

PED. De la corte

saldrás por siempre esta vez.

DIEGO. Todos de á mil... ocho... diez...

(Registrando la cartera y sacando algunos billetes
de banco.)

y este pliego... un pasaporte. (Le lee.)

PED. Para tí.

- DIEGO. ¡Se me destierra!
Es un abuso en verdad...
pero en fin, la sociedad
vive así sobre la tierra.
- PED. Estás cogido en el lazo.
- DIEGO. ¡Pst! me parece muy bien,
porque lo que es yo también
cuando hallo á un lobo... lo cazo.
- (Diego.) ¿Mas con este capital
quiere usted al mundo lanzarme?
- PED. Basta.
- DIEGO. Si mas no ha de darme
voy á pasarlo muy mal.
- PED. Hoy partirás para Francia,
pues ya la vez te ha tocado.
- DIEGO. ¿Conque soy un emigrado?
- PED. Si.
- DIEGO. Pues me daré importancia.
- PED. Firma. (Presentándole la carta.)
- DIEGO. ¡Vuelta á la manía!
Vamos, ¿y si yo no firmara
y en España me quedara?
- PED. Entonces te mataría.
- DIEGO. ¡Cómo! (Y lo hará tan corriente.)
- PED. Basta de vacilacion.
- DIEGO. ¿Firmas?
- PED. Si tiene usted el don
de seducir á la gente.
- PED. Tú un día me delataste
y perderte puedo hoy.
- DIEGO. Elige.
- PED. Nada, me voy
convencido, y esto basta.
(Diego firma la carta y se la entrega al marqués, que
la examina con detencion.)
- PED. Está bien.
- DIEGO. Venció usted al fin;
me resigno humildemente,
que á todo bicho viviente
le llega su san Martín.
(Luisa sale por la puerta de la derecha: viene
vestida con un traje oscuro y modesto: al ver á Die-

go se queda asombrada: Diego le mira sonriendo y se vá por el foro.)

ESCENA XIV.

D. PEDRO, LUISA.

LUISA. Ese hombre...
PED. Toma. (Le entrega la carta de Diego.)
LUISA. (Después de leerla.) ¡Ah, señor,
cómo pagar tal fineza!
PED. Mañana ya tu cabeza
podrás erguir sin rubor.
Si en torno de tí alza el grito
la calumnia torpe y loca,
para que cierre la boca
bastará con este escrito.
LUISA. Padre, mi gozo mayor
es ver tu rostro sereno:
¿por qué siendo tú tan bueno
no me perdonas?...
ANT. (Apareciendo en la puerta del foro.) ¡Señor!

ESCENA XV.

DICHOS, ANTONIO.

PED. ¿Qué quieres?
ANT. Fué una imprudencia
entrar así, sin decir...
mas como he visto salir
al prójimo, y en conciencia
no debía haber salido...
al verle bajar me dije:
que escapes sano me afige;
mas mi señor lo ha querido...
y de obediente me precio,
aunque me aferro en mis trece.
PED. Ese infame no merece,
Antonio, mas que el desprecio.
ANT. No digo que no... ¡corriente!
(Inés ha salido por la puerta de la derecha.)

INÉS. Ya sube.
(Se acerca á Luisa y le dice en voz baja: «ya sube.»
Luisa fija su mirada en la puerta del fondo, á cuyo
tiempo aparece Luis en ella. Luisa corre hácia él, pero
se encuentra con la severa mirada de su padre y se
detiene.)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, INÉS, LUIS.

LUIS. (Entrando.) Luisa... Señor... (A D. Pedro.)
la he hablado.

LUISA. (Alienta, amor.)

PED. ¿Y dijo?

LUIS. En todo consiente
y abajo en su coche espera
con los testigos.

PED. Id pues.

INÉS. (¿No vá usted, señor?) (A D. Pedro.)

PED. (A Inés.) No, Inés,
que no debo aunque quisiera.

LUISA. ¿No quiere usted bendecir
nuestro enlace?...

PED. Es imposible.

LUISA. Sin su perdon, cuán horrible
se presenta el porvenir.

PED. Aunque me mate la pena
viendo el dolor que te aflige,
así vuestro bien lo exige,
así mi deber lo ordena.

LUISA. Padre, el dolor que rebosa
en mi corazon me dice
que si usted no nos bendice
mi hija no será dichosa;
por ella cese esta lucha.

PED. Bien. Bendeciré tu union,
mas con una condicion.

LUISA. La acepto, señor.

PED. Escucha:
quiero que esté en tu memoria
tu pasada historia fija,

que no ocultes á tu hija
nada de tu triste historia;
que le cuentes tu inquietud,
tu pena, tu afán constante,
y al ver al crimen delante
tendrá amor á la virtud;
desde su mas tierna edad
la enseñarás con dulzura
de la virtud la hermosura,
del vicio la fealdad,
para que sepa que en pos
vá siempre del vicio inmundo
el menosprecio del mundo
y la maldición de Dios,
pues por cada criminal
que muere en lecho de flores,
mueren mil entre dolores
en medio de un hospital,
sin que un hijo que idolatra
su último aliento acompañe,
sin que una lágrima bañe
aquel cuerpo inanimado.
Pues solo entre su miseria
buscando al Dios que perdona,
avergonzada abandona
su alma impura la materia.

LUISA. Padre, aquí en mi corazón
tus palabras se han grabado;
mi hija viviendo á mi lado
ha de ser mi expiación.

Mas antes por lo mas santo
y por el mal que te hecho,
deja que sobre tu pecho
derrame mi amargo llanto.

PED. ¡Luisa!...
(Comprimiendo su emoción y procurando ocultar las
lágrimas que humedecen sus párpados.)

INÉS. ¡Vamos!... (Con acento suplicante.)

PED. (Venciéndose á sí mismo y rechazando las manos de su
hija, que juntas y suplicantes se extienden hácia él.)

¡No... jamás!

LUIS. ¡Padre, cesen tus enojos!...

- INÉS. (Cogiéndole una mano.)
Si estan diciendo esos ojos
su pena...
- PED. (No puedo mas.)
(Todos rodean á D. Pedro, el cual procura desasirse
de las manos que le detienen y de las miradas sup-
plicantes que le dirigen)
- LUISA. ¡Que mi expiacion no creas!...
¡Perdóname, por tu madre!
- PED. (Despues de un momento de indecision mira en tor-
no suyo, y abriendo sus brazos y corriendo adonde
está su hija, dice con un grito del corazon.)
¡No puedo mas, hija!...
- LUISA. (Lanzando un grito y corriendo á sus brazos.)
¡Padre!...
¡Bendito, bendito seas!...

FIN DEL DRAMA.

CENSURA ESPECIAL DE TEATROS.

*Habiendo examinado este drama, no hallo in-
conveniente en que su representacion se auto-
rice, si se suprime ó modifica lo atajado en la
escena 6.^a del primer acto, y en dos lugares de
la 4.^a del segundo. Madrid 5 de mayo de 1859.*

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Quedan hechas las enmiendas arriba citadas.

EL AUTOR.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.



EN TRES Ó MAS ACTOS.

Sueños de amor y ambicion.
La corte del rey poeta.
Juan el Tullido (segunda edicion).
El ángel malo.
La muerte de Jesus.
Retratos y originales.
La hija de Fernan Gil.
Juan Diente.
Herencia de lágrimas.
La dicha en el bien ajeno.
El cura de aldea (segunda edicion).
La mala semilla.

EN UN ACTO.

Los extremos.
Calamidades.
Cuarzo, pirita y alcohol (juguete lírico).
Ver y no ver.
¡Alumbra á tu víctima!...
Las garras del diablo (juguete lírico).
El maestro de baile (segunda edicion).
La mosquita muerta (segunda edicion).
Géneros ultramarinos.
El vértigo de Rosa.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Liricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesaia.
Apetardo y Eloísa.
Ahogarse á la orilla.
Alarcon.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por senas.
Al pie de la letra.
Antiguos y modernos.
Aqui está un moso é verdá.
Ahogarse á la orilla!!

Bonito viaje.
Boadicea, drama heroico
Batalla de reinas.
Berta la flamenco.
Bienes mal adquiridos
Ballasar.

Cinlzares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo a cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Cautina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Culpa y castigo.
Corte y cortijo.
Caza mayor.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
D. Primo Segundo y Quinto.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diego Corrientes, segunda parte
Diana de San Roman.
D. Tomas.

El amor y la moda.
Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Nino perdido.
El hipócrita.
El cura de aldea.
El querer y el rascar...
El hombre negro.

El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey Garcia.
El aman de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.

El gitano, ó el hijo de las Alpu-
jarras.
El que las da les toma.
El camino de perdido.
El honor y el dinero.
El hijo prodigo.
El payaso.
El amor y el interés.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y maritir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes
El ciego.
El ultimo vals de Weber.
El traspaso.
Escenas nocturnas
El laberinto.
El gitano aventurero.
El solteron.
El vertigo de Rosa.
Echar por el atajo.
El reloj de San Plácido.
El clavo de los maridos.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Flor marchita.
Funesta casualidad.

Grazelema.
Gaspar, Melchor y Ballasar, ó el
ahijado de todo el mundo.
Glorias de España, ó conquista
de Lorca.
Glorias mundanas.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huésped.
Herencia de lágrimas.

Honrado y criminal á un tiempo.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Julietta y Romeo.

Los Amantes de Chincho
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles ó
la linda vivandera.
Los dos Inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.

Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis
La posdata de una carta.
Dieven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los Amantes de Ternel.
La verdad en el Espejo.
La Banda de la Condesa.
La Esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el diluvio.
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las Flores de Don Juan.

Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La Libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la experiencia.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan So'dado
Las querellas del Rey Sabio
La oracion de la tarde.
La llave de oro
La Providencia.
Los tres Banceros.
Las huérfanas de la Caridad.
La cruz en la sepultura.
La niña Iris.
La diena en el bien ajeno.
Los tres amores.
La mujer del pueblo.

Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
La pluma y la espada.
La Vaquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasión.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halcones.
Las mujeres.
La gratitud y el amor.
¡Llegó en martes!!
La gratitud de un bandido, tercera parte de Diego Corrientes.
La batalla de Covadonga.
La estrella de la esperanza.
Los lazos de la familia.
La mariposa.
Los quid pro quos.
La cuenta del zapatero.
La mala semilla.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mariano Labarú.
Mucho ruido y pocas nueces.
Martín Zurbarán.
Mocedades.
Marta y María.
Mentiras dulces.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es oro todo lo que reluce.
Nuevo método de buscar marido.

Olimpia.
Ocho mil doscientas mujeres por dos cuartos.

Paco y Manuela.
Pescar á río revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardín.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Por la boca muere el pez.
Paco y Manuela.

Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mía!
¿Quién viv-!!
¿Quién es el autor?

Rival y amigo.

Su imagen.
Similia similibus curentur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (Patron de Madrid.)
Sueños de amor y ambición.
Sin prueba plena.
Se salvo el honor.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y martir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Tres damas para un galán.

Un amor á la moda.

Una conjuración femenina.
Un dómene como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huésped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una rafaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifueque.
Un marido en suerte.
Una lección reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un día de prueba.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una lección de corte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un si y un no.
Una Virgen de Marillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una lección de mundo.
Una mujer de historia.
Un señor de horca y cuchillo.
Una equivocación.
Un retrato a quema ropa.

Ver y no ver.
Verdades amargas.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angelica y Medoro.
Armas de buena ley.
Aldé.
Azón Vizconti.
Buenas noches, vecino.
Beltran el aventurero.
Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Citas, enredos y bromas, ó el carnaval de Madrid.
Cosas de D. Juan.
Cuando ahorcaron á Quevedo.

Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.
D. Sisenando.

El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.
El delirio (drama lírico).

El dominó azul.
El mundo á escape.
El novio pasado por agua.
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.
El capitán español.

Farinelli.

guerra á muerte.
Giralda.

Juan Lanas.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (La música.)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio.
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La cacería real.

La huérfana.
La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la corte.
Los diamantes de la Corona.
La pensionista.

Mateo y Matea.
Mentir á tiempo.
Marina.

Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por conquista.

Simon y Judas.

Tres madres para una hija.
Tres para una

Un sobrino.
Un día de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.

La Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.